Colina Roja. Soledad

Yéred Alemán

**COLINA
ROJA**

Capítulo 1

SOLEDAZ

Prólogo.

“Al final no sucedió mucho, es más que no sucedió nada, sin contar lo dramático de esa muerte, natural para el lugar, por supuesto” Comenzó diciendo la figura alta y vestida en negro de Víctor. Traía puesto, además, un sombrero: una característica que operaba de forma imperante en todo él, enfatizando su importancia y presencia. Ya había tomado una copa y se había servido de uno de los vinos rojos de la licorera. La oscura noche no presentaba un clima lluvioso, como lo había hecho el día de ayer. Había, sin embargo, amanecido rojo ese día y fue algo significativo.

“El muchacho me lo pidió y finalmente se lo concedí. Él fue el tonto si ahora se arrepiente...” pensaba. Aún cuando a su gran objetividad la tenía en conciencia propia, no parecía darse cuenta que aquel acto fatal lo realizó, en gran medida, debido a su aversión por la autocompasión y sus repercusiones sobre la soledad. Un prejuicio finalmente, si se tenía en cuenta que Víctor era una persona solitaria. “Si estaba solo, es porque siempre lo quiso así.”

Desde el otro lado de la amplia habitación del edificio abandonado, le escuchaba paciente, pero serio, otro hombre, muy distinto a Víctor: dada su apariencia y edad adulta, parecía poseer un carácter fuerte, decidido, y una habilidad grande, tanto para la palabra como para cualquier negocio o empresa que efectuase.

Dijo:

-¿De modo que no murió nadie más? ¿Un suicidio?, ¿En verdad crees que no fue un asesinato?

- Completamente- mintió-. Sabes que sobre los... suicidios, no puedo meter ni las narices, ni las manos.

- ¿Qué te impide eso, justiciero?- dijo con ironía el hombre-. ¿Cuál fue la prerrogativa de esta persona ya fallecida?, de cualquier modo.

Después de pasearse de un lado a otro de la habitación, Víctor pronunció:
Un amor.

El otro hombre movió la cabeza negativamente.

- Cuestiones prohibidas.

- Exacto...
- Bueno, por lo menos para ti, Víctor.
- ¿Y no para ti? Estamos por el camino correcto. Prefiero sonar moralista... aún cuando he asesinado.
- ¡Gente mala!
- Personas finalmente.
- Pero lo que haces no es moral- sonó nuevamente satírico.

A Víctor le pareció cómico, en vez de agresivo, su comentario.

- Pero por supuesto, la falsa moral. Real para sus autores, no se diga más.
- Claro, tu moral debería ser La moral.

Víctor sonrió.

- Y dígame Sr. Leonard, Víctor: ¿tiene los codiciados objetos?
- Tenga en mente, Sr. Jeremy, que tales han sido asegurados en custodia leal- se palmó el bolsillo.

El venerable Sr. Jeremy le pidió que se las mostrara y Víctor le dio una bolsa púrpura pequeña que contenía los objetos.

- Ha realizado la mejor elección, gracias.

-¿Disculpe?-

Víctor comenzó a sentir un intenso frío exterior, pero un calor en sus manos y su cuerpo. Comenzaba a sentir dolor y la herida de bala que yacía inerte en su cuello, comenzó a sangrar.

- ¿Qué?...
- Ah, esta comenzando, justo a tiempo, se le hacía tarde.
- ¿Sr. Jeremy?
- Bien pronunció estas palabras en una ocasión: "Nadie es de fiar". Tomaré esto conmigo y lo usaré.

Víctor dijo ahogadamente: ¡¿Qué me ha dado?!

El otro hombre se levantó de su silla. Dijo:

- Oh, claro... se trata de una droga. Reanima su condición, haciéndole sentir dolor y un tanto, vulnerable a morir... Pero usted no conoce la muerte, ¿verdad Víctor?- dijo con la nota más sardónica de la que era capaz.

- ¿Qué es usted?

- Un simple humano, ¿irónico no cree? – dijo, mirándose los nudillos- Pero bueno, siempre ha sido así. Nosotros por encima de las demás criaturas. Disculpe mi odio, pero soy así.

- Entonces... –dijo dolientemente mientras sentía un sofocamiento- No dejaré que se abran las puertas, o que caigan en otras manos... solo desconfía en mí, ¿verdad?

- ¿Qué?, No: mi odio no es ni la pizca de mi avaricia, si a términos morales nos vamos. No entiende cuanto valen estas baratijas en el mercado negro. Les han creado una leyenda fabulosa... vaya tontería.

El señor Jeremy continuaba en su retahíla mientras Víctor caía pesadamente al suelo.

Se retorció y trataba de taparse la herida. Se desprendió de su sombrero.

- Ahora se preguntará, "¿cómo es que no cree en estas leyendas si sabe que soy una criatura, algo así como un vampiro?" Tenga en mente que nunca creí en sus juegos. Parecía que me hablaba de fantasías y sin que quisiera, me mostró toda esta tela vaporosa llena de fantasmas y cuentos fantásticos y de gente que creía y que pagaría por esto- sopesó la bolsa.

- No entiendo...

- Ya se lo he explicado- dijo, levantándose de su asiento-. Además, que lo sepa de una vez: nunca estuve del lado de nadie. Les pasé una información a los idiotas de esa supuesta organización encargada de... esclarecer el caso. Es un grupo más variado que nada. Aproveche esa desunión para quitarles cualquier rastro de estos objetos, al traérmelos usted a mí y se lo agradezco de nuevo. Ya ve que hubo un incidente menor y, como quiera, aquella muerte ni al caso con lo que hablamos. Sin remordimientos ni culpa así que no se sienta mal por mí.

Salió del cuarto y cerró con llave. Víctor, al cabo de 10 minutos, y ya en sus últimas, en aquellos momentos eternos de muerte y agonía que nunca

creería vivir de nuevo (debido a su condición), volvió a sentir otro frío, muy distinto al primero. Las cosas volvían a la normalidad y su pulso se detuvo. Se levantó. Incorporándose y verificando su herida, ahora un simple agujero oscuro y seco, dijo: "Idiota, viejo idiota. Taimado" Recorrió con la vista el exterior, desde el otro lado del ventanal semi- roto. Se regresó a la puerta y la empujó con fuerza sobrehumana. Cedió, destrozándose en sus orillas y sonando estentóreamente contra los tablones del suelo.

Salió del edificio, al azul platino de la Luna. Sabía su camino, pero no pensó en un momento en seguirlo. Se dirigía, más bien, al rincón tan pronunciado, al que decía pertenecer: no deseaba por un solo momento apresurar el paso en esto, ni iniciar nada. A pesar de todo, su humanidad parecía incorruptible aún cuando se le pisaba con total avasallamiento provocando momentos de tensión inmensos, inacabables que le hacían recurrir, en inconsciencia, a un increíble estoicismo antes de prorrumpir en la innecesaria voz de su drama. Aún en aquellos minutos, en que una confianza de años, un amigo, se había perdido, traicionándole tan indiscutiblemente, parecía una pequeña mancha perseverante antes de desmembrarse, perderse. Las últimas fuerzas, los últimos esfuerzos. Debía descansar, un largo sueño, una pesadilla, pero un descanso finalmente. Debía dormir, dormir si podía, lejos de la luz, acurrucado más en su ya conocidísima oscuridad. La noche perpetua. El cuarto derrumbado y cerrado de alguna casa. La profundidad fría, silenciosa y turbia de algún lago antiguo. Escondarse, por el momento, de aquel caos próximo, era lo más conveniente. No había acción sin su intervención en la historia. No había acción que le importara ahora: dejar un poco que sucedan más muertes insensatas, fútiles. Si alrededor de aquellos codiciados objetos la muerte caminaba a hurtadillas, infame, menos le importaba. Dejaría que con sus propias ambiciones cavaran sus propias tumbas. Sus cadáveres, el olor, ojos retorcidos, sangre embarrada vulgarmente en alguna escena horrenda, eso no era ya su problema ni comprometía, en un ápice, su interés.

Capítulo 2

I

-¡Vamonos ya Alan!- gritó Angélica, la amiga de su madre.

Una vez ya en el auto, un Chevy Fleetline del 47, esto fue lo que se dijo mientras Angélica manejaba:

-Ya hijo... era... Discúlpame, pero era algo que tarde o temprano sucedería.

-Lo sé.

-No vale la pena estar mucho tiempo así. Tu madre ya estaba muy enferma, y se mostraba renuente a todo.

-Sé que los últimos días no quería tomar ni comer nada. Me contó Esteban.

-Oh, sí... el bueno de Esteban. Un sirviente ejemplar, muy leal, y sin duda manejaba perfectamente a las pinches. No te preocupes, que nada le faltó a tu madre estando él ahí.

De cualquier modo, el funeral sucederá mañana, después de las 5 de la tarde.

Se formó un silencio inesperado. El auto pasó atropelladamente por un camino rocoso. Angélica, como siempre, no se fijó en ello.

A partir de ahí, la conversación incluyó a alguien más en lugar de Angélica: Flor, la futura esposa de Alan, quien hablaba quedamente. Angélica con la mirada concentrada en el camino, sin deseos de participar.

-Ya ya Alan, tranquilo. Yo estoy aquí.

¿Sabes?... ayer mismo arregle la mayor parte de los detalles: las flores quedarán mejor esta vez... la... la otra vez fueron un desastre. El pastel no era del color que se había acordado, ¿recuerdas? ¡¿Puedes creer que nos dieron el último que tenían en la pastelería?!... pero bueno, no los llegamos a necesitar, claro.

Pero ahora sí, mi Alan: todo estará en su lugar.

-¡Por Dios Flor!... deja de hacer miramientos a todo... no sé por qué tenemos que mudarnos a la capital. Nos pudimos haber quedado en... no

sé, Clipton, o un lugar más tranquilo.

-Porque debemos continuar en la vida, Alan... - musitaba dulcemente mientras le acariciaba la espalda.

-“En la vida hay tres lugares”, dijo alguno- musitó muy silenciosamente él-.

“De donde partimos, el destino que es a donde vamos y el camino entre ambos. Uno desearía quedarse en el camino”... yo lo deseo...

-¿Me... ¿estás diciendo algo Alan?

-Nada...

“No lo entenderías”, pensó él. “Tu nunca... quizá en algún momento mi madre.”

II

En la salida a la carretera de la capital, Alan señaló un punto en la lejanía:

-Creo... que es Clipton- mencionó ella.

-No mi hija- dijo Angélica-. Clipton está para allá... esos árboles frondosos son del lugar, allá está. Alan se refería más bien a un lugar que llaman “Colina Roja”. Un recodo, un desvío desafortunado en el camino... nada especial... Creo me dijeron que estaban remodelando una o dos casas allá... Una de huéspedes... ¡Vaya que estupidez!... ¡¿Quién querría pasar un día, siquiera, allá?!... ¡Oh, claro!... No me digas Alan, sé que lo has de haber pensado.

-El nombre suena sugerente... Interesante... ¿te molestaría que quisiera ir?, ¿que quisiera ir con todas mis fuerzas?...

-Pues... creo que no. Claro que con ello... al querer quedarte y hacerlo, se retrasarían los planes. No asistirías mañana al... Y los planes para con tu Flor.

-Por supuesto que sí- dijo agitadamente Flor, cuando lanzaba una risita nerviosa-. Claro que Alan bromea... debemos hacer, debemos llegar a la capital. Una vez ahí, preparar lo que falta.

-Claro Flor, justamente ahora se me ocurre bromear, ¿no?... ¡es tan necesario preparar de una vez todo!... ¡Por supuesto que no faltaré

mañana Angélica!

...

-¡Pues sí!...- dijo Flor luego de un rato.

-¿Qué?

-Preparar todo si queremos casarnos pronto.

-¿"Si queremos" has dicho?... ¿No podríamos esperar más?... ¡¿No se te ha ocurrido que sería lo mejor para mí, Flor?!

Hubo otro silencio, Flor continuó luego de acomodarse los guantes blancos:

-Pues pensé que querías casarte conmigo...

-No seas infantil, no mencioné la palabra "cancelar"... he dicho que se posponga. Tanto te apura...

-Yo quería apresurar esto... para estar mejor los dos: estando juntos.

-No es garantía Flor- dijo un tanto irónico.

-Pues si quieres, podemos hablar de esto llegando a la capital, en mi casa.

-Si pues... dejemos esto por ahora.

-Miren allá- habló Angélica-. Las flores particularmente en esa zona son bellísimas... Pronto pasaremos cerca, ¿no quisieras que cortara unas cuantas para ti, Flor?

-... Gracias Angélica, por favor.

Flor se recargó en el hombro de Alan. Éste exhaló frustrado. Su moreno rostro se ensimismó de nueva cuenta. Sus labios café y ligeramente hinchados, ahora en forma de línea. Su mirada se clavó en la lejanía, justo en dirección a Colina Roja.

Capítulo 3

-Quizá no venga nadie... Debiste haber visto ese suéter... muy lindo. Creo que la señora me contó que tiene un nieto que iría a visitarla a Clipton... dispuesto a trabajar temporalmente.

-Entonces que lo traiga...

-Es esta noche. Esta noche vendrá, espero que con él. Tendrán un excelente cuarto, como todos los demás, y nada les faltará. No creo que sea tan terrible pasar la noche aquí, querido. Si esa señora y su nieto la pasan bien, es muy probable que recomienden el lugar. Si lo miras en detalle, podrás darte cuenta que solo necesita unos arreglos y nada más.

¡Limpiar el nombre de Colina Roja caramba! Asignarle otro quizá... ¿Crees que pueda llamarse diferente?... Cuando hay Sol, debes admitirlo Royd, los campos son muy lindos.

-No es esa la cuestión querida. Sea el nombre que sea, la gente le seguirá diciéndole Colina Roja aunque pasen los evos. Nada cambiará, solo esperemos que no nos juegue algo el destino.

-¿A qué te refieres?

-Oh, ¡por favor!... ¡¿en verdad tengo que decirlo?! Hay un cementerio de sabe Dios que gente, una mansión en la que ha muerto gente misteriosamente... y no tan misteriosamente: se sabe, como mínimo, que hubo dos asesinatos. ¡¿Qué ahora?!

-Deja de decir tales barbaridades... nada pasará. Todas las veces que mencionaste han sido sucesos desgraciados... Hoy en la actualidad: ¿Qué peligro puede haber?

-Ninguno supongo... todo ha sido tranquilo desde entonces, como bien dices... aquellas veces han sido malditas. Solo esperemos que la señora venga... su opinión es valiosa. ¿Cómo dices que se llama?

-Ah... Melissa creo. ¿Crees, querido, que se pueda quitar con algo esa coloración roja que tiene el pasto, en algunas partes?

-Creo más bien que deberías olvidar la cuestión, querida.

Era normal que sucediera, aquellos dos y pronto todos cuantos hubieran esa noche en Colina Roja: la amnesia colectiva, era síntoma seguro que algo sucedería, como siempre. ¡¿Pero qué?! No se puede contar con ninguna autoridad, no se puede denunciar nada... no había algún asesino definido, era simple y llanamente el lugar. Sucedería algo, ¡¿pero qué?!

¿Quién?!... Si bien decía la Sra. Anabel y que confirmaba el señor Royd: en estos tiempos, ¿qué podría pasar?... nadie habitaba aquel horroroso número 668, o visitaría el prístino lago... o el cementerio... con todas esas historias, ¿quién querría hacerlo?! Sin embargo, si se sentía el ambiente, el lugar, el peligro era presente y por tanto abstracto, para unos incluso palpable. Un miedo ambiguo para quienes conocían las historias, o lo que se decía, y lo creían. Para quienes no podían olvidar un pasado encerrado en ese recodo, en ese desvío desafortunado. Para aquellos que no dormían, pues la imaginación les evocaba los sucesos pasados, con mayor intensidad y quizá gran exageración. El día en paz dentro de aquella colina, aquel recodo, invitaba a cualquiera a recostarse en el pasto o escalar los carvallos, o nadar en el nada despreciable lago.

Capítulo 4

Una vez Flor y Alan se instalaron en la casa, y Angélica acababa de despedirse, esto fue lo que se dijo en el vestíbulo, iniciando Alan la conversación:

-¿Tu papá sigue en la imprenta?

-Oh, claro Alan. Ya sabes que es un hombre muy ocupado. Todo el tiempo está allá.

Después de un poco dijo:

-No lo sé, a veces siento que el trabajo le absorbe mucho... supongo que como todo trabajo

-Y tu...

-Y mi madre: ya sabes que tiene su club. Asiste lunes, miércoles y viernes me parece.

Sabes que siempre me simpatizó tu madre. Era muy buena conmigo.

Se formó un silencio respetuoso en el que Alan se detuvo cuando se servía un poco de licor. La miró fijamente y ella regresó a la labor en la que estaba metida últimamente: organizar horarios. Después de abrir la agenda y anotar unas cuantas cifras, se detuvo un momento, mirando la libreta en la que llevaba su empresa.

-A veces quisiera que mis padres tuvieran, tuviésemos más tiempo para... convivir.

Se dio cuenta de lo que había expresado y dijo:

No sé por qué te digo esto, lo siento.

-No tienes por qué disculparte. Es lo que sientes...

-Alan, detente...

-¿No se te permite opinar en esa casa?...

...

-En fin: gracias por decirme eso de mi madre. Realmente no creí que la

tuvieses en tan alta estima.

-Pues... así es.

¡Dios!, ¿crees que pueda posponer el salón?... creo que ya lo querían ocupar, quizá ya no haya otra chance...

-¿Reservaste un salón... para después de la boda?! , ¡Por favor Flor!...

Puede hacerse aquí- dijo, después de un momento- no importa que el salón hubiese estado grande...

-Entonces lo cancelo- espetó ella.

- Me parecería correcto -él se le acercó-

Me parece que estabas apresurando las cosas terriblemente.

-Recuerda que cuando estemos juntos, te olvidarás, no... te... se te... se te quitará un poco el dolor, no quise decir otra cosa.

-Realmente no me escuchas, mujer tonta.

-¡Alan!... Necesitamos estar juntos los dos...

En el rostro de Alan se mostraba el cambio, el sentimiento en el que estaba sumergido por el momento y nadie se detenía a pensar realmente.

-Llamaré a la pastelería... ¡cancelaré todo, si tu quieres!

-¡MI MADRE HA MUERTO! ¡¿Se te hace difícil entenderlo?!... ¡Dios!...

Supo en ese instante, con el llanto encima, que no tenía caso volver a replicar. No tenía por qué dar justificación a su estado, a su comportamiento.

Estaba decidido: permanecería unos días en otro lugar... lejos de esa capital, del febril movimiento. Esperó un poco, luego dejó su copa y se encerró en su cuarto. Empacó solo dos cambios de ropa: ambos formales, no poseía en ese momento otra ropa. No supo que más llevar: una vez ahí, ¿qué otra cosa se podía necesitar? Nada más...

Se detuvo... una idea. Flor, sentada, sola... en aquel lugar... Él era la persona con la que podía estar. Solamente él. Flor podría ir... Pero Alan no deseaba ninguna compañía. ¿Podría Flor aguantar tiempo sin él? ¿Qué podía hacer ella en su ausencia?

Bajo apresuradamente la escalera: su entusiasmo era tal, que no se detuvo mucho en retener la idea de Flor que le había asaltado hace unos cuantos segundos. Debía estar solo consigo, eso debía hacer.

-¿Flor?... pensé que quizá querrías ir conmigo-

Le dijo lo más amable como le fue posible. En ese instante pudo recordar el nombre del lugar, lo pronunció astutamente:

- ¡Colina Roja!... pero no te preocupes, dicen que están remodelando, acondicionando o construyendo, no sé, una hostería, me parece.

-Creo que no iré Alan. Todo se pospondrá...

-Entiéndeme por favor Flor.

-No, está bien. Entiendo.

Alan le dio un beso en la mejilla, y se apresuró a la salida con su belice color café.

-Creo que tengo que hablar un poco con mis padres: Alan... parece que es hora...

A Alan le tomó por sorpresa dicha justificación. Quizá era verdad, quizá el hablar un poco con ella había servido para encender su valor. Dirigirse a sus padres...

<><><>

Alan se dirigió a un teléfono público, y confirmó su estancia en la colina. La idea de ir a "Colina Roja" al pronunciarse frente a Flor había causado que sintiera tremenda curiosidad por el lugar... nunca se sabe que pueda pasar y, quizá alguien le pueda orientar al llegar ahí. Si era el inquilino número 5, obviamente habría más... pero lo que no era una obviedad era precisamente el motivo de todos los demás. Lo que buscaban en el lugar. ¿Simple curiosidad como él? ¿Les atraía algo en particular?... ¿habría por lo menos un inquilino que pudiese comprenderle por un instante al solo mirar sus negros y expresivos ojos?... ¿y sin el molesto protocolo de presentar su caso o siquiera hablar de ello? ¿Quién querría hospedarse en Colina Roja, cerca de aquellos lugares de cualquier modo?

Capítulo 5

I

Llegó la primera parte de las visitas, mas tarde de lo acordado: dos señoras vestidas a la antigua, según decían, y que siempre viajaban juntas. Iban a Colina Roja. La señora de bienes raíces, Anabel, era una buena amiga y ésta les había convencido de pasar un tiempo, aunque fuese corto, en dicho lugar.

-¡Nos complace tenerlas en esta... casa!, ¡señora Lunch!... ¡señora Isabelle!...-

Exclamó, cordial, el Sr. Royd. Un señor con panza, delgado de las piernas. Su poco pero bien peinado cabello y sus manos rosas y duras eran su orgullo. Algo característico de él, además de todo, el mostacho y su cara y cráneo ovalados. "Un hombre fuerte y trabajador", pudo describirse a sí mismo. Era el compañero inseparable de la Sra. Anabel. Una mujer alta y delgada, de cabello ondulado, café cobre, y corto, ahora. Su ropa era simple e informal.

Antes vestía siempre elegantemente, un vestido de chiffon drapeado color crema nacarado era su favorito, pero había discontinuado dicha costumbre. Su propia ocupación la podía obligar a vestir de traje, presentable. Pero el trabajar un poco con lo que sería un lote de casas en ese lugar, le era placentero: podía pasearse a gusto con sus livianas ropas y no quedar mal.

La habitación de la gran casa de huéspedes era perfecta: rosales se asomaban en cada rincón, una vista casi al lago... un bosque antiguo y, por las mañanas, limpio y acorde al bello día. Sorpresivamente hasta había uno que otro pájaro revoloteando cerca y bajo. Claro era que ni los animales se escapaban al encanto del lugar, por las mañanas, en el soleado día. Un encanto, si eso era, solo un encanto.

Aquellas dos primeras inquilinas se instalaron lentamente en sus cuartos: baño, recamara y un estudio propio. Todos poseían lo mismo. La cama era comodísima, según la Sra. Lunch. Era verdad que, al ver cada habitación tan llena de luz, en esos suaves tonos pastel, valía la pena quedarse. Había un jardín recién puesto detrás de la casa, con bancas. ¡En todo habían pensado los anfitriones! La casa no era motivo de queja alguna.

Se había contratado a un chef y su ayudante. Desayuno simple con tostadas, sopa, y lo demás. Un poco más tarde, el almuerzo: quizá pescado preparado de diferentes maneras. Por la tarde se servirían dos tipos diferentes de sopa, una pasta y carne de res preparada. Langosta también al parecer. Las exigencias de las señoras Lunch e Isabelle podían

ser satisfechas. A las 5 de la tarde, la hora del té de mesa formal: se servirán tartas, waffles, mantecados, emparedados, etc. Y, finalmente, por la noche, la cena de gala... para celebrar el viento en popa del Sr. Royd como director- administrador de hoteles pequeños de lujo y casa de huéspedes... y el éxito de Anabel en bienes raíces. Al parecer un nuevo horizonte se pintaba para el lugar, uno favorable esta vez.

II

-Señorito Alan, buenas tardes- recibió el Sr. Royd.

-Buenas tardes.

-Llegó un poco tarde... creí que llegaría hace una hora- dijo la Sra. Anabel mientras entraban a la sala.

-Así es... se me hizo un poco tarde.

-Muy bien... han llegado todos tarde y pronto comeremos langosta... también el cocinero y su ayudante tardaron un poco.

¿Cuánto tiempo se quedará dijo?

-Dos días me parece... quizá más, no lo sé... ¿hay algún inconveniente en mi indecisión?, ¿ocuparán, otras personas, mi cuarto?

-Creo que no, yo... creo que no Sr. Alan. Habrá tiempo para ver eso, además de que hay suficientes habitaciones, usted no se preocupe. ¿Trajo solamente una maleta?

-Si... creo que no necesitaré nada más.

-Mmm le entiendo. Yo solía vestirme portentosamente. Elegante.

Sígame, por acá está su cuarto.

Alan miraba extasiado el interior, cuando pasaba el comedor y subía las escaleras de madera, con su alfombra roja.

-Pues como le digo... era una mujer muy elegante. Pero ahora... uso trajes formales para mi presentación...- rió cándidamente- ¡No me mire así!... hoy, bueno, en estos días andaré así, vestida en estas simplezas. Acorde al ambiente natural... nunca me había sentido tan libre. ¡Este lugar es perfecto!, ¿no lo cree?

-Supongo que si Srita. Anabel.

-¡Oh, el favor que me hace!...

Luego de un rato, Alan agregó:

-En verdad pienso que es una señora joven, bella. Solo quería señalarlo. No pretendo nada.

-Y es usted un caballero... y un buen mozo. Bello moreno.

-No creo que reconozca la belleza entonces- dijo él, sonriendo.

-Bueno basta... Aquí está su cuarto... Espero que la pase placentero. Dentro de un momento, como ya dije, se servirá la comida, baje por favor.

-Desde luego.

Cuando ella cerró la puerta de su cuarto, Alan se quitó el saco. Se sentó en el borde de la cama. La grande y cómoda cama con su cobertor nacarado. El cuarto iluminado y fresco... y su anfitriona, toda amabilidad... Todo era perfecto.

Habría pocos en la comida, pensó, así que el tema de "¿qué hay en Colina Roja?" podría ser tocado para la cena de gala, que era a las 8:30, cuando se presentasen todos.

Se tiró de espaldas, a la cama, poniendo, después, sus manos detrás de su nuca. Exhaló como cansado. Sentía que había estado en un aprisionamiento desesperante y eso era lo que seguía: quizás la libertad. Y pronto le apesadumbró de nuevo el asunto con Flor: "¿Qué hacer?..." "Creo que no la amo" concluyó, atemorizado y algo libre de aceptarlo... de pronunciarlo siquiera. Se abstrajo en el caudal de situaciones conjuntas.

Se asomó a la ventana... un poco alejado, en un claro del bosque próximo, un lago... perfecto y fulgurante hoy. El Sol: nunca tan brillante como ese día en Colina Roja.

Una idea cruzó a la mente de Alan, con la cual se rió para sí, y después trató de dormir.

Capítulo 6

Eran las 8:32 y pronto todos estaban instalados en la sala, que estaba junto al comedor. Royd esperaba un tanto exasperado a su compañera. La señorita Anabel bajó de rojo... satín rojo.

Las dos farolas a la entrada de la casa.

Se escuchó en la lejanía un camión. Melissa y su nieto bajaron del vehículo. Cuando el camión se alejó, pareció detenerse el tiempo: un silencio completo. Caminaron en dirección del tramo de tierra que pisaban. Pasaron por la parte elevada que tenía el número 668. Una sombra grande a la Luna... ninguno de los dos miró la mansión. Solo sus pasos en la tierra desquebrajada, y las pisadas sobre las hojas secas se escuchaban.

-Hace un poco de frío hijo... abróchate bien la chamarra.

-¿Estás segura que es por aquí?... El camino sugiere civilización... ¿En verdad crees que es por aquí?

-Si, si... estoy segura. Mira allá... ¿luz?

Se juntaba la niebla frente a ellos, por todo el camino. Un color cálido anaranjado teñía dos puntos en el albo trayecto... las farolas.

-¡Si, sí es!... vamos hijo, nos han de estar esperando... Se escuchó muy amable la señorita Anabel. Le entusiasmó mucho que le vendiera el suéter. Además, quería que pasáramos gratis dos noches acá... quería mi opinión, ¿puedes creerlo?!

-Ya entiendo.

¿Qué clase de personas crees que vayan a ocupar los demás cuartos?-

-no lo sé... es cosa que también me pregunto. Serán, en cierta forma, nuestras vacaciones.

Llegaron al pie de las farolas. Un detalle curioso que, en medio de todo ese lugar... sin vida por el momento, hubiese ese tipo de poste, exactamente como en la capital.

-... ¿Entramos?

-Supongo... vamos Richard.

Un bello recorrido adornado con piedras largas y lisas... los pastos nuevos a los lados del caminito hasta la entrada. La casa poseía un bello aspecto... no las líneas grises y rectas de los típicos edificios de la ciudad. Tejas de un rojo escarlata, como el color de las paredes por fuera, y un aspecto hogareño. Las cálidas luces del interior. En el vidrio a la izquierda de la entrada se observaba la sala... dos señoras, ambas regordetas, tomando al parecer té. Y, sentado en el extenso sillón de enfrente, la figura de un hombre. Las cortinas color hueso obstruían la vista.

Melissa tocó temerosa uno, luego 3 golpecillos pausados.

-Oh, ¡pero si es usted Melissa!... Pase, claro... Aquí es su casa- dijo el Sr. Royd, recibiendoles.

-Buenas noche...- dijo Melissa, arreglándose su traje.

-Buena noche madame, que tal- le dijo Alan.

Las señoras se limitaron a mostrar un ademán. Alan les invitó a sentarse, pero al escuchar esto Anabel, que estaba al pie de la cocina, exclamó:

-¡No!... disculpe, buena noche. Ya pasaremos a la mesa... siéntese acá.

-¡Oh, está bien!

Se sentaron diligentemente. Alan fue el último: estaba leyendo detenidamente un artículo periodístico. Pero también, como últimamente le era frecuente, estaba un tanto abstraído en sus propios pensamientos. Vio, desde la sala aún, hacia fuera: el clima, algo frío. El ambiente apacible... una casa abandonada, excelente para el suspenso. La Luna, estática en el cielo... las nubes engorradadas moviéndose en dirección a ella. Y en su imaginación, el bello lago... muy antiguo según dicen. La luz plata salpicándole... en el claro de un bosque igual de anciano. La agradable estancia ahí. Estaba, justo entonces, todo bien. Olvidarse un poco de la capital, de "su Flor".

II

Melissa se sentó contenta, y su nieto un tanto aletargado. Cuando se hallaba en aquellas, su blanco rostro adquiría un aspecto infantil e incluso, para unos, un tanto torpe. Miraba, alternadamente, su mundo interior, sus pensamientos... y los alejaba, como algo fastidioso, para enfocarse en los personajes de esa noche: dos señoras misteriosas... como llevando a cabo un plan, pensó cómico. La amable anfitriona Anabel, toda ella con una

belleza madura en ese rojo satín. El honorable Sr. Royd, sin mucho que decir de él por el momento. Y alguien más, desapercibido, con la mirada clavada en el mantel blanco de la mesa: Alan, un joven moreno de unos 25 años, alto, formal, serio y que, al sonreír por las ocurrencias del Sr. Royd, se le formaban hoyuelos... encantadores, en palabras de Anabel.

Se escuchaba movimiento en la cocina.

Se habían sentado, a la cabeza de la mesa, Melissa y Alan. Éste último en la silla inmediata al pasillo. A los lados de la mesa, viendo a las escaleras, de izquierda a derecha, la Sra Lunch, su compañera, la Sra. Isabelle, y Richard. Anabel de frente a Lunch, y al lado de Alan. Frente a la Sra. Isabelle, el Sr. Royd

-Nos vemos lindos hoy, ¿no Srita. Anabel?

-Pues claro que si Alan- dijo riendo.

Del otro lado de la mesa, Melissa saludaba cordial y nerviosa a Isabelle y Lunch:

-Disculpe mi mala educación... Melissa, soy Melissa Campbells... - sonrió desmesuradamente- ... y mi nieto, mi chico listo, Richard.

-Buena noche- dijo él con una risa nerviosa.

-Mi amiga Isabelle y yo, Lunch. Nuestro hospedaje es enteramente recreativo.

-¿Richard dices?...

Señaló Alan, al joven de piel blanca y gafas redondas, que se mantenía cohibido.

-Bonito nombre- dijo al mismo tiempo que jugaba con su dedo índice en el borde de la mesa-, a mí me hubiera gustado llamarme así, pero quizá mi tez morena desentonaría un poco- dijo sonriendo.

-¡Oh, claro que no!- protestó Anabel enérgicamente- cualquiera le queda bonito... así usted.

-Por cierto...- dijo Royd- lo olvidaba y quizá ustedes igualmente, pero Anabel insistió en que no nos sentáramos a la cabeza de la mesa. Desea tratarlos por igual, aunque no se me hace una falta de estima ni cordialidad si de cualquier modo ella decidiese estar sentada a la cabeza...

Hubo un silencio. Richard prefirió no volver a hablar durante toda la noche. Alan, en un cambio repentino, se entusiasmó por algo,

sobremanera.

La cena comenzó a servirse. El señor Royd habló sobre sombreros y la industria que se estaba cimentando en la capital: la construcción de los lotes y, específicamente, los de su administración.

-Pues ya sabes lo que pienso- dijo Anabel, señalándole con su tenedor- tus construcciones son muy bellas...

-Y tus decorados perfectos... y ya lo he dicho querida Anabel: colaboraremos juntos. Te admiro yo más por el trato a tus huéspedes, y por los diseños hogareños de flores... has de ser experta en eso.

-No querido... pero gracias.

-Además que, creo ya lo dije, estás hermosa esta noche.

Las "dos señoras" rieron y Melissa miraba a Anabel con aprobación.

-Claro que es cierto... y no ha querido aceptarlo- señaló Alan.

-Usted insiste en ello. Pero mire Alan: para que deje el tema en paz, diré que si, que efectivamente me veo muy bien.

-Muy bien entonces...

-¿Decía algo Melissa?- preguntó Anabel

-Oh no... bueno, solo que le comentaba a mi nieto que quizá halle trabajo en Clipton... pero insiste en que no.

-No digo eso Abuela, es solo que...- en ese punto todos le miraban, excepto las dos señoras -. Bueno, tal vez sea cierto, que me esté negando a trabajar en Clipton... solo quería que en estos días pudiese estar en cortas vacaciones...

-Hay que trabajar, Sr. Richard. Yo siempre lo he dicho- dijo el Sr. Royd, acercándose un encendedor al cigarro en su boca.

-Aquí no... no ahora querido- dijo Anabel atajándolo- dejemos que cenem bien y ya fumarás todo lo que quieras.

-Esta bien querida... tienes razón. En fin, le decía Richard: uno debe estar o tratar constantemente de trabajar... y es por eso que le invito a trabajar aquí, temporalmente si gusta. Bueno, perdón, mas bien solo temporalmente... ¿qué le parece los días en que se quede aquí? Tendrá recreo después de trabajar, no se aburrirá, ya verá. Hay un lago aquí

cerca, detrás nuestro... muy bello, ¿sabe?

-Oh... basta Royd... Sabes que es mejor quedarnos en la casa por el momento... y disculpe Richard.

Se volteó a Royd, diciendo:

-Sabes que me asusta todo lo que tenga que ver con el lugar...

-Pero si quieres cambiar la fama de "Colina Roja" debes empezar por ti querida.

-Había dicho que era un lindo lugar, Srita. Anabel- habló Alan aparentando seriedad.

-Pues sí, lo dije.

Después de esto, comenzó a reír por la tensión repentina que había sucedido. La mayoría aceptó el disgusto como algo cómico también.

-Es solo que no puedo evitar ponerme algo nerviosa ya de noche aquí... de día es el mejor lugar, ¿comprende Alan? Pero ahora que la oscuridad nos ha alcanzado- dijo cómica, luego continuó:

-... Quisiera permanecer aquí dentro.

-Y bueno... después de todo, ¿qué hay acerca del lago, Sr. Royd?- preguntó Alan, aún con la misma seriedad y cierta emoción.

-Pues nada... solo que es un bello lago. Se decía, sin embargo que... bueno, no he querido contarle porque les sería desagradable a la Sra. Isabelle y Lunch, pero...

-Adelante... creo que podremos soportarlo, quizá ya hayamos escuchado algo sobre eso- dijo Lunch.

-Muy bien entonces. Se decía que justo en ese lago... cuando aún habitaba gente aquí, aunque poca, hubo una pareja... muy cerrada para con los demás. Nunca se separaban. Decían que el joven manipulaba a su novia... cosa que nos servirá para explicar mejor aún lo que sucedió: la joven se había fijado en otra persona... y de vez en cuando, quizá dos veces a lo sumo, lo vio los últimos días. Era lo más cautelosa posible. La última vez que se vieron, precisamente en el lago, era una noche muy fría... más o menos como esta. El novio los descubrió y el otro tipo no hizo más que alejarse de la escena. Un cobarde... quizá él tenía a su propia novia y cuando se descubrió aquello, fue el colmo y decidió desaparecer para

siempre de la vida de la joven. Se llamaba Raquel creo...

-Si así es Sr. Royd... y el joven, Gustavo-

-Oh, muy bien. Pues cuando Gustavo encontró a su enamorada, le invadió tremenda cólera... Ella era solamente para él, ipor supuesto que debía tener cólera! -exclamó Royd, jugueteando nervioso con el encendedor.

Melissa no podía dejar de mirar los dedos inquietos del Sr. Royd, para después continuar comiendo.

-¡Eres el colmo!, fuma pues- exclamó Anabel, luego de lo cual rió.

Hubo otro silencio, en que Royd encendió el cigarro, y que Alan rompió, muy interesado con la siguiente cuestión:

-¿Qué sucedió con la joven?... tengo la impresión de que es una tragedia-

-Oh, Sr. Alan. La mejor parte- La chica balbuceaba justificación... Le decía entre esos atropellos que Gustavo la procuraba demasiado... y que le sofocaba la relación. Cuando escuchó esto, Gustavo le gritó todos los... reclamos posibles, sujetando uno de sus brazos muy bien contra sí...

-Deja de entrar en detalles Royd... eso no lo sabes, querido- dijo Anabel en un extraño acento.

-Bueno, por supuesto que no... solo trato de dar más emoción... pero de cualquier modo es lo más lógico que sucediera.

-Continúa pues.

-Ella le pedía perdón. Debió ser muy tenso el clima esa noche. El oscuro y a la vez fulgente lago... aquellos dos. Lo que imaginan es lo que pasó: él no la escuchó, le aprisionó el cuello contra sus fuertes manos y la ahorcó... punto.

¿Creen que pueda el amor causar tanto?

- No lo sé Royd, pero uno hace muchas cosas por amor. Bueno querido, de cualquier modo, eso es solo un suceso que cuentan y nada más. No tenemos por qué darlo por hecho. Además, eso quedó en el pasado... ¿cuál es la leyenda aquí, Royd?

-Lamento decirte que sí hay una. Se dice que desde entonces, cada vez que una pareja se encuentra cerca del lugar de los hechos... sucederán las mismas cosas. Comos si se pudiera repetir la escena, ¿no?

Las dos señoras escuchaban el relato con extraño interés y cuando éste acabó, pidieron postre. Anabel, quizá por sus nervios, cambió el tema cuando volvió a invitar a Richard a que trabajara ahí si quería, que se le pagaría y que serían trabajos pequeños de jardinería y amueblado principalmente.

Royd se acicaló el cabello para luego pedir lo mismo que la señora Isabelle. Melissa aún no terminaba su plato.

Alan continuó ensimismado, parecía que aún pensaba en la historia. Pidió un café y leche.

-Así es "señor Richard"... Se le pagará bien... en lo que llegan las personas que se supone se encargarán de ello.

-Y... ¿cuándo vendrían?

-Por mínimo en 5 días... a lo sumo también... Si no... para entonces se deberían considerar otras soluciones rápidas.

-Mañana mismo podríamos empezar... promocionar el lugar, ¿no Royd?

-Si gustas querida... no sé... no sabemos, ¿verdad querida?, porque a la gente no le gusta la vida ajetreada. Bueno, en lo personal... me fascina. La capital tiene su propio movimiento violento e incontenible.

-Así es querido... - dijo quedamente Anabel.

Alan pareció molestarse.

Los postres y el café se sirvieron.

Richard quedó abstraído en su taza de café. Limpió sus lentes con la orilla de su camisa blanca que se asomaba por debajo de su chamarra. Sin duda le había afectado la historia tanto o más que a Alan. Vió un pensamiento fugaz en su cabeza... que luego retomó con más calma y reflexión: "No quisiera estar en tal situación...", confesó para sí finalmente. Continuó leyendo una y otra y otra vez aquella misma sentencia en su cabeza.

El viento sopló fuertemente. La silenciosa y fría noche. La colina que encantaba por la mañana y tarde, adquiriría una belleza diferente esta vez. La que poseen las flores rojas cuando se marchitan. Aquella que solo Richard... y quizá Alan, reconocían. Indetectable o indiferente para los demás.

Capítulo 7

I

Ya con mayor tranquilidad y el grillar del exterior, continuaron con el tema del lugar que en ese entonces pisaban.

-Pues así es Sr. Alan, es cierto que hay muchas leyendas sobre el lugar... ya dijimos sobre el fatídico acto de Gustavo y su Raquel, pero hay en todo esto, temas mucho más macabros, creo yo. No soy imprudente sino un caballero- se frotó su calva mientras humedecía su cigarro con sus labios-, y no quiero incomodar a las damas presentes.

-¡Oh Royd!, podremos aguantar creo yo... después de todo, aunque fueran verdad también es cierto que no son cosas que suceden constantemente. Cualquier lugar, cualquiera, tiene sus propias historias.

-No quise incomodar Royd- aclaró Alan-. Simplemente que me parece un lugar bello... ¡con potencial mas bien!- rectificó, aunque "hermoso" era la palabra que pensaba.

-Me parece que si Alan, por ello Anabel y yo andamos en estos asuntos.

-Y bueno, además Alan...

Pronunció ella al levantarse de la mesa, cuando tomaba cortésmente el plato de Melissa y se iba a dirigir a la cocina cuando, al mirar rápidamente hacia fuera del vidrio del comedor, pudo notar que una luz dentro del n° 668 parpadeaba dolientemente. Se contuvo en su emoción.

-¡Venga a ayudarle a Anabel!... ¡deja eso ahí querida!

-¡Royd, puede ser nuestra oportunidad!

Anabel pronunció algo solemne:

-Señores... damas-

Se quitó los tacones rojos al tiempo en que también la peineta volaba al sillón más cercano, dejando caer su cabello sobre los hombros. Su belleza madura a la que Alan hacía alusión se pronunció evidentemente.

-Sírvanse acompañarme, por favor... es esto un tanto inusual y salvo las señoras Lunch e Isabelle, creo, encontrarán por demás interesante. Pero- las miró- creo que son valientes, un tanto así como yo...

El señor Royd se ajustó su saco y, apagando su cigarro, subió precipitadamente las escaleras. Al bajar, traía consigo una lámpara y una escopeta.

-Gracias Royd... servirá mucho allá.

-¿Qué sucede? ¿A dónde iremos Srita. Anabel?- preguntó angustiada Melissa.

-Creo que iremos a la casa que está por aquí... un tal número 668, creo... he escuchado mencionar- musitó Richard-. No te preocupes.

-No se preocupe Melissa- dijo Anabel cuando se ponía unos zapatos más cómodos- su muchacho la cuidará... y por supuesto nuestro Royd.

-¿Nos vamos entonces?- sugirió apurado Royd, ya en la entrada.

II

Salieron bastante pronto... cruzaron la vereda que atravesaba su ida al ir subiendo de poco en poco la colina. Colina arriba, allá estaba la dichosa mansión con el número 668.

En un principio hubo un silencio, luego del cual Isabelle preguntó a su anfitriona (que llevaba unos lentes y la lámpara en la mano):

-¿Y qué es lo que van a hacer?

-Oh... pues mire: a propósito de las historias acerca del lugar, yo le había sugerido a Royd que quizá había gente divirtiéndose en aquella mansión, ¿sabe?... después de todo no suena tan descabellado.

-Yo creo que si Srita. Anabel. No cualquiera tiene el valor, los nervios de acero, como dicen, para siquiera cruzar a su entrada. Ha de tener un aspecto terrible.

-Ya lo creo... sobretodo por el cuarto de la ventana.

-Oh, claro... si si.

-¿Y eso a qué se refiere?- preguntó Alan, apresurando el paso para no perderse la charla.

-¿No lo sabe Alan?... Pues... maldita lámpara...

Los dejó a oscuras un poco, luego funcionó.

-Es lo que la gente dice: hay un cuarto donde se ha quedado para siempre una sombra... digamos que cuando uno se queda sentado a oscuras... mirando a través del vidrio hacia fuera de su recinto.

Isabelle se estremeció.

-Eso dicen... un fantasma, el fantasma de la señorita Ana... Lo que sí fue verdad es que han vivido más de dos familias ahí... todas han terminado en... pues en tragedia, ¿saben?- digo algo consternada, pues estaba contando algo que no hubiera querido contar y continuaba inevitablemente- Primero los políticos aquellos... no sé mucho de eso, tres hombres me parece... Luego los esposos Álamo, otra maldita historia de celos.

-El esposo... pronunció Lunch- ¡No!, la esposa, ¿verdad Srita. Anabel? La esposa fue quien mató al marido.

-Si bueno...- contestó Anabel.

Después de un poco, Anabel continuó:

-Desde entonces, como ya se lo imaginará, "su espíritu" ronda la casa. Era una mala vida dicen... el Sr. Álamo era muy malo también, con su ella y dicen que fue mejor que aquello acabara. De mal modo, pero tuvo su fin.

-¿Y que hubo de la señorita Ana?

-Oh, la familia de Neville. No hay nada así de malo que lamentar sobre eso. La señorita Ana murió de enfermedad, aunque muy joven pienso yo. Dicen que estuvo así un año, ¡que mala vida verdad Sra. Isabelle!...

La luz se volvió a manifestar... y se apagó. Después de detenerse de la impresión, continuaron.

Anabel miró la cara de fastidio de Royd. Él siguió avanzando.

Anabel continuó dirigiéndose a Alan:

-A Royd no le gustaba la idea de mortales jugando por estos lugares... "le quita encanto", usted sabe.

-Así es.

-Yo se lo sugerí dado que pienso que si no encontramos nada, o nadie... aún en esas circunstancias puede haber una explicación totalmente válida:

el foco de esa lámpara ha de estar descompuesto y a ratos se enciende... Me ha pasado, les ha pasado a mis inquilinos: una vez el joven que rentaba en una hostería de Carvallo, me despertó muy asustado. Al final se investigó y, efectivamente, la luz de su cuarto se apagaba y volvía a encender luego de 5 minutos. El foco estaba mal... la conexión... por eso se apagaba y encendía: había un "falso contacto" y además de que la luz ya estaba vieja. Después que le cambiamos la lámpara, nada más sucedió.

-Pero después de eso seguramente el cuarto tuvo su mala fama.

-Oh si, así es... después de ese chico solo una pareja volvió a ocupar el lugar. Casualidad que nunca estuviese en la noche. Desde las 8 se salían.

-Y casualidad que la hora en que sucedía lo del foco era después de las ocho de la noche, ¿me equivoco?

-no... no, claro que no- exclamó extrañada y algo divertida.

Richard caminaba alentando a su temerosa abuela. Royd a la cabeza del grupo, con la escopeta bien sujeta en su mano rosada.

-Mira Anabel, el señor que cuida el cementerio.

-¡Oh!... ¡Por aquí!-

Poco a poco se acercaba una figura oscura con un sombrero y gafas. Llevaba también una lámpara. Pronunció las siguientes palabras:

-Buena noche señor... Royd me parece.

- Buena noche... así es. Se le notificó de mi venida.

-Si.

-¿Ha estado haciendo frío estos días?

- No lo creo...- se detuvo iluminando a los demás.

Todos se detuvieron.

-¿Qué hace tanta gente por estos lugares? Dígame- preguntó muy consternado.

Era un señor de unos 70 años. Su frente se arrugaba en pliegues duros cuando se preocupaba. También cerraba los ojos como quien le encandila

una luz.

Anabel dijo:

-Bueno...- no supo como abordar la situación.

No estaba en sus deseos que sus inquilinos se sintieran poco tranquilos por las leyendas del lugar y seguramente aquel señor espetaría de golpe cualquier excusa fantástica para no estar ahí.

Anabel le tomó del hombro y lo encaminó en dirección al 668, cuando volteaba a Royd indicándole con un gesto que continuaran siguiéndolos.

- Buena noche, soy Anabel. Estamos intentando crear unos lotes cerca de aquí...

-Dirá más bien aquí, precisamente aquí, señorita.

-Si- dijo nerviosa-. Y bueno... andábamos en esta dirección para desmentir lo que se dice del 668. ¡Quizá sea verdad!- exclamó antes de que el señor le interrumpiera-, pero hoy no.

Creo que más bien unos cuantos se están haciendo los bromistas o probablemente sea la luz defectuosa de esa casa... ¡aún tiene luz eléctrica!, ¡¿puede creerlo?!... El sistema ha dejado viejos rezagos de los que nadie se da cuenta y no atienden. Es, bien dice, un recodo toda esta "Colina Roja". Debería cambiársele el nombre también, ¿sabe?...-

-Así que se quedarán todas esas personas hoy... ¿Cuánto tiempo más?

-Pues...- exhaló- creo que quizá una semana más... en lo que detallamos ciertos aspectos importantes. Claro, antes que nada deberán dar su opinión sobre su estancia en el lugar. Hasta ahora todo va perfecto... Y la salida para acá... algo refrescante. Ver actuar a Royd, expulsando de una buena vez a esas personas, dará una nota de emoción y les quitará esa sugestión y tensión causadas por la mala fama del lugar. Si hubiésemos hecho esto en secreto, investigar, creo que se les haría muy sospechoso y perjudicaría de alguna manera. Verá que no es nada.

-Eso espero yo también y en cualquier caso, traje una pistola conmigo.

-... Aún así no creo que sea buena idea estar aquí Richard-

Expresó Melissa, al final del grupo junto a su nieto.

-Hijo: ¿Podemos permanecer afuera?...

-Debemos estar juntos.

Se dijo esto cuando de nueva cuenta se manifestó la luz: 3 veces y luego nada... ni un sonido... El cuarto de la ventana: el ventanal abierto y parcialmente roto. El portón medio acomodado, pero en verdad se necesitaba que alguien lo reparara, pensó Anabel, dado que su soporte estaba completamente inservible y requería uno nuevo.

Por fin estaban al pie de la casa. Vista desde cerca intensificaba esa atmósfera característica del lugar... un aspecto ya avejentado... los barandales ya oxidados. El óxido ya seco, pintaba manchas oscuras en las bardas pálidas... Pero el jardín parecía tener potencial. Igual la casa, de eso nadie hubiese tenido duda al preguntarles.

Alan había pasado desapercibido para todos en esos momentos. Estaba apartado de los demás mirando, desde atrás, como Richard, el joven pálido y misterioso como la Luna misma, procuraba a su abuela.

Lanzó un comentario para observar, y escuchar más que nada, las reacciones ajenas: "¡Qué linda vista!"

Las señoras Lunch e Isabelle no lo notaron, el Sr. Royd le secundó diciendo: "Si verdad."

-¿Entramos?- dijo el cuidador y con premura los tres que encabezaban el grupo, pasaron al jardín anterior.

-¡Debe de estar bromeando!- exclamó Melissa, presionando fuertemente el brazo de su nieto con sus manos.

Alan se les acercó y, frotando la espalda de la señora Melissa, le dijo dulcemente:

-No se preocupe, señora Melissa. Nada le pasará a usted. Deje de pensar tan mal... no es práctico en estas situaciones.

-Lo sé querido... lo sé. Es algo inevitable cuando hay cuanta historia sobre esto y aquello. ¿No pudimos habernos quedado y ya...

Bajó la voz, pues estaban entrando a la casa. Un golpe retumbó en el recinto. La Sra. Isabelle lanzó un grito ahogado.

-Es la cocina que está detrás, siempre con la puerta abierta. "Azotando en el oscuro silencio"- murmuró el cuidador.

Las dos luces que poseían se paseaban curiosas por el vestíbulo oscuro. La

Luna estaba, por este momento, opacada detrás de las nubes.

-Creo que la palabra correcta sería "silencio". Debemos esperar aquí Melissa... Richard- sugirió Alan silencioso- ¿Nos acompañarán ustedes?

Se refería a Lunch e Isabelle que acertaban con la cabeza.

Royd miró a Anabel y a su nuevo acompañante, ese viejito curioso que era el cuidador. Los tres se dirigieron arriba.

Cuando subían, Royd estaba sugiriendo esto:

-Creo que estaría bien si... ustedes se mueven a la izquierda y yo a la derecha.

-¿Te parece si mejor él y yo vamos a la derecha?... creo tener curiosidad por ese resplandor y lo vi en el cuarto de la ventana... luego parpadeó otra luz, cerca y menos intensa, como si fuese esta del pasillo.

-Muy bien.

Anabel caminaba cautelosa, igual el cuidador pero éste iba al frente.

Entraron al dichoso cuarto.

-Parecería que aquí no hay nada Srita... Anabel.

Ella se ruborizó.

Contestó:

-Pues creo que no.

El señor parecía interesado en el lugar. Examinó en detalle el cuarto, el vitral abierto y un tanto destrozado. La entrada al balcón, bruscamente forzada.

Iba al balcón. Parecía como si buscara algo. Anabel no lo notó hasta que se sentó en uno de los sillones de aquel cuarto, murmurando algo cuando tocaba un recodo y exclamaba un "¡Ajá!"

-¿Qué tanto hace?... pareciera como si buscara algo específico-

-Bueno Srita. Anabel, no está tan desatinada. No me crea si quiere pero... Verá: hace un año que pasó esto y espero que no se alarme demasiado. Se lo cuento a usted para que tenga prudencia y... cuidado cuando se

dirija a sus invitados.

Se levantó del sillón. Se apoyó de su respaldo mientras continuaba:

-He encontrado aquí, en este preciso lugar- señaló al sillón-, un arma de corto alcance y unas tijeras... otra arma si me permite definir las como tal.

-Creo que no le entiendo.

-Mire: hace un año recorriendo el lugar... ya sabe que si bien me encargo de limpiar el cementerio, las criptas, no puedo dejar de pasearme por aquí y allá... como ya no suceden cosas por aquí, pensé... en fin. Andaba cerca del bosque y decidí acercarme más a esta... mansión. Como bien sabía yo, no habría problemas si me acercaba mucho, si entraba inclusive. Ya todo estaba abandonado, por supuesto que si. Y era cierto, pero un tiempo atrás había sucedido algo casi frente a mis propias narices y ni cuenta me di: asesinaron a alguien, en este cuarto, Srita. Anabel. Hace un año... - volvió a decir- pues como le dije, caminé en esta dirección y me pareció ver un bulto tirado en lo seco de la tierra. En un principio, parecía una persona, y lo era: una mujer... morena al parecer, ahora que lo recuerdo, no lo sé.

Continuó hablando, esta vez fuera de sí:

-Su cuerpo se hallaba en estado de putrefacción... Tenía el cuello semiabierto... y en esa parte se concentraba gran cantidad de gusanos. ¡Válgame!, yo pensaba que esta tierra estaba ya muy estéril... sepa Dios de donde vinieron los gusanos aquellos. La tierra de plano no parece dar nada, pero se traga todo... de alguna manera finalmente. En fin, a partir de ese momento, obviamente, era mi trabajo ya. Tomé a la persona, la envolví en plástico y me la llevé como pude en una carretilla hasta el camposanto- ¡Dios el cuello colgando! Casi no pude sostenerlo sin que... bueno...

-Omita los detalles- dijo con repugnancia.

-Disculpe los detalles... tenía que decírselo a alguien...

Continuó con seriedad:

-Cuando hacía esa labor, se cayeron unas llaves de su bolsillo... las llaves del aquí, "del 668" pensé entonces... Como le dije antes, no creí que me creyera, es bastante fantástico y lo sé Anabel.

Ella, a la puerta, vigilaba como haciendo guardia por miedo a que alguien fuese a notar lo que se decía ahí.

-Continúe por favor.

-Pues... no... no tenía el valor para entrar por mi cuenta a esta casa. A los muertos no les tengo temor, pero sí a lo que se dice sobre la casa. Siempre tuve curiosidad por este cuarto... sinceramente, una de las cosas por las que acepté el trabajo de venir a limpiar y cuidar las tumbas.

-¿Por qué le gusta estar aquí?

-Creo que es la quietud, supongo. Me tranquiliza. Si hubiese venido en otra época, precisamente aquí, creo que no hubiese soportado... ya ve todo lo que se dice que pasó.

Pero a mi no me ha pasado nada y todo en estos días ha sido tranquilo

-Rió-. Por supuesto que, hace un año... cuando hice el hallazgo, tuve mucho miedo... me imaginé cuanta cosa. Nunca se me ocurrió, hasta hace como medio año, que a esa persona era lo único que al asesino le estorbaba... cobrar la vida solamente de esa mujer, y que no haría otra cosa horrenda. Y si no era así, ¡ya estoy viejo y no importa si muero ya caray!

-Disculpe... ¿quién le paga?

El señor se sentó de nuevo.

-Pues creo que es un empresario... Simplemente me llegó un día una carta de trabajo. No requería nada de mí más que mi presencia en Colina Roja y ser el cuidador del cementerio. No carta de recomendación ni antecedentes... ninguna experiencia y nada en general. Se especificaba en la misma carta que me pagaría tan pronto fuera quincena, que me llegaría el dinero a mi casa. Confié "ciegamente" y me pareció divertido, incluso absurdo... ¿pero creerá que si me llegó mi pago?... una cantidad considerable. Desde entonces viajo de Clipton para acá... cuando quiero o puedo me quedo en la pequeña choza al final del lago. Así de misterioso todo el asunto, ¿cómo ve Srita. Anabel?

-Pues me parece que es todo muy sospechoso, si.

-Así es... y ahora, bien dice que ha de ser la luz o delincuencia lo que tiene esta casa. Me parece que no hay nadie.

Se levantó y se dirigió a ella.

-No, creo que tiene razón- pronunció Anabel.

-Y bueno... ve que le dije sobre unas tijeras y una pistola... en el sillón en

que me senté están. Valla si quiere verlas.

-Ajá.

Anabel caminó lentamente hasta el mueble... desde el respaldo le alumbró: unas tijeras negras, de filo grueso y la pistola.

-Yo sospecho- continuó el señor-, yo sospecho que la persona que asesinaron cayó desde el balcón... y que, debido a la sangre seca en el piso...

Anabel alumbró iluminó inmediatamente el piso en esa parte.

-... hubo una pelea antes de que todo culminara... en esa muerte. Lo raro es que las tijeras y la pistola están ahí, sin más, como guardándolas... pero no demasiado... Como si importara lo mismo encontrarlas o no... y como si nunca hubiesen sido usadas...

Anabel volteó a mirarlo.

-Lo supongo- dijo él- porque la victima... la persona que sepulté no tenía heridas de bala... y la herida en el cuello pudo ser con las tijeras, qué se yo... Pero era más bien como si le hubiesen arrancado parte del cuello... definitivamente no son evidencia alguna esos dos objetos.

-Bueno, creo que ya basta. Todo eso es bastante explícito... no me importa tanto, le aseguro que no- dijo Anabel, incorporándose-.

Creo que no hay nada aquí.

La luz del pasillo se encendió de repente con mucha intensidad, luego alumbró dolientemente para después desfallecer hasta apagarse.

-Creo que se ha resuelto el misterio Srita. Anabel.

-Así es. Salgamos ya de aquí.

Ella salió primero y el cuidador regresó por la pistola. La metió en su bolsillo.

-¿No tiene ya otra pistola?

-No señorita. Alardeé para que se sintiese segura conmigo, y estaba seguro que podría encontrar un arma aquí de cualquier modo. Yo nunca he adquirido una de esas cosas horrendas, pero creo que me llevaré esta conmigo.

-Muy bien.

-No se sabe con qué se pueda encontrar uno mismo- dijo, sincero.

III

Bajó Royd, seguido de Anabel y el cuidador.

-Sin eventualidades por el momento, creo yo- dijo Royd sobre-expresadamente.

-Sí- murmuró Anabel.

Los demás, Alan, Richard, Melissa y "las dos señoras", salieron del lugar, seguidos de Royd y el cuidador. Anabel dio un último vistazo, con su lámpara, al vestíbulo.

El golpeteo de la puerta de la cocina le dio curiosidad y por un momento parecía haber considerado ir al fondo... entrar en aquella oscuridad pétrea. Se le acercó Alan por detrás, diciéndole dulcemente:

-¿Qué buscáis aquí mi querida?

-Oh... nada en verdad... simplemente me ha dado curiosidad la cocina. He... estado todo este tiempo por aquí y por allá, y un tiempo considerable se lo he dedicado a la cocina igualmente. Es lo que me mantiene, mantenía viva... ¡disculpe no sé por qué le digo eso!

-No se preocupe. ¿Murió su esposo disculpe?

-Oh... sí, así es...

Sus frases eran entrecortadas y las había pronunciado con su voz siempre amable y complaciente que trataba de ocultar su pesadumbre.

-¿Cómo lo supo?- preguntó, con tono de súplica.

Su figura se había vuelto la de un niño sin consuelo.

Los demás esperaban en el jardín anterior. Royd platicaba con el cuidador y Melissa y "las señoras" hablaban sobre el tiempo y la vida en la Capital y en Clipton.

Alan tragó saliva antes de decir:

-Bueno... lo supuse. Creo que uno se pone a hacer actividades con apariencia alegre y... disponibilidad. Todo con tal de olvidar el pasado... y digo el pasado, abarcadoramente, ya que de él solo recordamos lo malo... lo que nunca debió pasar. Y los buenos recuerdos pocas veces los frecuentamos.

-Supongo... yo creo que en mi caso, un tanto de ambas partes. Lo quise mucho... Pero creo que cuando uno tiene algo, como dicen, no lo aprecia. Da por hecho, por obvio, que está ahí... Y cuando esas cosas se aprecian (aún en poca media o tiempo) por esos momentos se detiene el tiempo, no existe la mortalidad. Uno, finalmente, vive.

Limpiándose la nariz nerviosamente, dijo aliviada: "Creo que le he tomado mucha confianza a usted, ¿no lo cree Alan?"

Cuando salían de aquella casa, Anabel dijo:

-Creo que no es como todos los demás, ¿verdad?

Alan solo dijo:

-Si a usted le parece.

Capítulo 8

I

Caminaban de regreso a la futura hostería y Alan pensaba un tanto en Richard, la casa nº 668, e l lago y, principalmente, lo que Anabel había dicho: cuando uno tiene algo, no lo aprecia. Pensaba, en ese momento, qué había querido decir. ¿Era simplemente los remordimientos y culpas que uno absorbe en un proceso de crisis emocional como lo es una pérdida? ¿O era el hecho que se matrimonio se había descuidado en su vigencia? Otra idea apareció en su cabeza, asociándola a lo mismo: en una ocasión le había comentado que antes vestía galantemente y que había dejado ya esa costumbre.

Luego la persona de Richard... sobre los demás ya sabía una parte importante: sobre las personas de Lunch e Isabelle no se preguntaba seriamente nada, sabía que Royd era un orgulloso de su trabajo y que había escalado puestos hasta ser lo que era. Ganaba muy bien, según veía. Anabel se había convertido en una empresaria activa... muy probablemente era un negocio que trabajó su difunto esposo y que quiso continuar. A partir de entonces había encontrado una forma de llevar la vida, ocupada en horarios, organizar eventos comunitarios, presentarse siempre amable con los demás, que era lo que más le costaba: una ardua tarea... una experta era después de mucho practicar con las amistades de su esposo y la situación nueva en la que se hallaba aumentaba la necesidad de aplicar infaliblemente el método.

Pero aquel par: Richard y Melissa. Apenas y hablaban realmente. Melissa contaba las cosas como quien responde nervioso en alguna clase de interrogatorio, más con Anabel; incluso un poco con los demás, pero con él no. Y su nieto Richard... poseía esa mirada (cuando era posible distinguirla) de quienes se dan cuenta de muchas cosas con solo estar observando lo que pasa. Detrás de esas gafas y una expresión un tanto aletargada, era posible hallar un alma artística; una persona tímida que muy seguramente era un poco distinta con sus familiares. Alan lo sabía porque él también era un tanto observador.

Cuando estaba saliendo de su abstracción, le asaltó un pensamiento muy diferente, aquel al que prefería dar vuelta: Flor. ¿Qué estaba haciendo en ese momento? ¿Estaba hablando, como dijo, con sus padres? ¿Habría Alan de regresar y recibir alguna reprimenda? ¿Qué pensaba, en ese momento, la amiga de su madre? Porque era muy probable que Flor fuese a hablar con ella aunque ésta última tuviera quehaceres. ¿Habrían, los padres de Flor, de detener toda aquélla charada? Porque para ellos, despedirse lo más pronto posible de Flor, entregándola en matrimonio, por 2ª ocasión y con el mismo tipo, Alan, era un circo... Pero lo más importante: ¿Qué pensaba Flor en ese momento, en aquella fría noche? Seguramente sus

padres estaban "ocupados" y se hallaba sentada, en su jardín y con la mirada extraviada en el manto oscuro de arriba... perdida en el mar de sentimientos confusos y revueltos. Seguramente su madre, al escucharla sollozando, habría de darle un tratamiento consolador débil y raquítico. Flor, seguramente le quiso decir algo... ya entrada en llanto y su madre dándose media vuelta... refugiándose en la compañía comfortable de sus amigas, excusando algo para ausentarse. Su padre aún no habría de llegar. Flor ha de estar ya caminando en vueltas sobre la duela de su cuarto. El seco sonido de sus tacones pisando los tablones y ella... seguro que estaba pensando en algo. Se ha de haber detenido por fin: una decisión tomada, quizá.

II

Entró a su cuarto precipitadamente. Hasta ese entonces había reparado: "¿Por qué había pensado en Richard?!"

Se recostó un poco... se tiró en la cama más bien. Comenzó a jugar con nervioso con sus dedos. Quería distraerse en el exterior... Escuchó voces alegres fuera de su cuarto. Un ambiente ameno. Supuso que pronto se irían a dormir, por educación y costumbre; se hacía tarde. Sin embargo no conocía las costumbres de sus anfitriones. Podrían ser de la clase de personas que no duermen mucho... ordenados y que en la noche se sientan en la quietud de la sala, con el tic-tac del reloj de pared de la cocina... viéndose constantemente, fumando y bebiendo... murmurándose cosas. Una complicidad. Un plan.

Definitivamente llegaban, en la oscuridad de Colina Roja, ideas, pensamientos descabellados, lúgubres. Pero no podía negar la presión en su cabeza. Es decir, su cabeza era invadida por el tumoroso pensamiento de una sola persona justo ahora: su madre! Su "querida madre" pensó irónico y sus ojos se inundaron en lágrimas. Una extraña mezcla de dolor, tensión y un coraje reprimido. Estuvo unos minutos así, en posición fetal... cubriéndose la nuca con sus brazos. Acariciándose involuntariamente su cabello...

Después siempre viene la calma, como quien respira por primera vez en mucho tiempo. Liberado... por unos momentos. Esa liberación y respirar figurados. Después, de nueva cuenta "Flor".

Abrió la puerta de su cuarto y decidió bajar... dejar en lo estático esa pesadez, dejarla justamente en su cuarto. Vio que Anabel estaba algo apartada del grupo (el cual se poseyó de la sala) y caminó afuera al

jardín, para sentarse a la mesa.

Encendió un cigarro. Era el momento perfecto para hablar de nuevo con ella. Era una conversación que disfrutaba.

Capítulo 9

I

“¿De qué o quien huye, Srita. Anabel?”

-¡Oh, es usted Alan!

Pues de temas desagradables creo. Siguen hablando y hablando sobre lo mismo: ¡Colina Roja! -dijo, haciendo aspavientos.

Tomó una gran bocanada.

Alan se sentó.

-Si...- pronunció el.

Ambos se rieron.

-¿Y el cuidador?

-Se ha ido a su casa... bueno, donde duerme aquí.

Alan continuó serio mientras tomaba un cigarro y lo encendía:

-¿Por qué ya no usa estos vestidos de gala?

-Creo que... me trae malos recuerdos, sí.

Alan expulsó el humo, luego suspiró profundo. No supo el significado de esa reacción involuntaria y probablemente no era importante.

-¿Qué se trae usted?

-Nada nada Srita. Anabel. Pueden ser muchas cosas...- expresó vagamente.

-Entonces mencione una.

-Pues... Flor...

Se detuvo, pensando por un momento si ella la conocía.

-¿Quién?...

-Mi... futura esposa- dijo dubitativamente.

-Por supuesto que si... un buen mozo como usted no podía andar suelto por la vida.

-¡Finalmente lo ha dicho!... "¡No puedo andar suelto!"... Creo que así es.

-Y... supongo que usted no desea comprometerse.

Alan miró detenidamente su cigarro. Luego al interior... continuaba intacta la misma escena: Royd les hablaba de cuanta cosa a Isabelle y Lunch y ambas prestaban la misma atención. Igual Melissa, más bien un tanto pasmada de todo lo que estaba escuchando. Y Richard, en la cárcel de sus pensamientos. Con la mirada perdida... y acertando de lo que se decía, cuando fuese conveniente. Aún así estaba notoriamente fuera de ahí.

-Así es Anabel...

-Mmm... -tiró la colilla, quedando solo la mitad de su cigarro- He sentido eso... en un principio, al inicio de mi matrimonio. Después me entendí perfectamente con mi prometido, más adelante mi entonces marido.

-El patíbulo de mi haber.

-¡Oh! no lo vea así Sr. Alan. ¡Tan terrible es!

Hubo un silencio que Alan no hubiera querido y que Anabel interpretó correctamente por un "sí" rotundo y sincero.

Alan le sonrió y continuó viendo su cigarro. Lanzó mordazmente una pregunta para tapar la verdadera intención:

-¿Qué piensa de Richard?

-¿De... Melissa y su nieto en general?

-No no...

-Pues...

-Solo él.

¿Lo cree tan atractivo como yo?- dijo divertido.

-Oh, por supuesto que no. Usted tiene una galantería típica de un caballero. Él es una de esas personas que han de estar siempre solas, que son siempre tímidas en las conversaciones. Espero que no se ofenda de

parte de él, pero es solo mi percepción.

-Sin embargo lo que pregunto es si podría tener algo que le atraiga a una chica...

-Quizá...

Después de detenerse en esa idea, agregó:

-Si se quitara esos lentes, se peinara esa... maraña que trae por cabello, quizá sólo así.

¿Por qué está preguntando todo esto?

-Oh, solamente para generar conversación. No es que me interese particularmente, pero quería distraerme de lo que me sucede.

“¿Quién se podría fijar en él?” pensó.

-Mi madre y Flor... - pronunció, apagando su cigarro.

-Bueno, ahora que lo menciona... a su madre... le quisiera preguntar qué hay sobre eso, sin embargo temo hacerlo y además que yo le respeto. Cuando quieras estoy yo... te has vuelto, de repente, mi confidente. En lo poco que ha pasado ya le estoy considerando mi amigo...

Hasta ese entonces no parecía haber movimiento en la cocina, cuando se escucharon tazones, casuelas y un grifo abierto a gran presión. Las personas dentro cuchicheaban.

-Pues hasta ahora todo ha sido excelente. No podría imaginarme mejor estancia que ésta. Todo perfecto: un cigarro en el jardín de una bonita hostería, en tranquilidad y con una anfitriona espléndida y bella por añadidura.

Un cocinero, al notarlos, les llevó café y crema además de galletas.

Anabel sopló sobre el suyo antes de probarlo calmadamente, dijo:

-Creo que ya superamos el trauma de exaltar mutuamente la belleza nuestra.

Tomó un poco y Alan probó una galleta.

Por un momento, su expresión quedó petrificada, alejando el café y cruzándose de brazos mientras miraba sobre la ladera de Picus.

Pronunció seria:

-Creo que esta "Colina Roja" nos traerá... nos puede traer problemas.

Al poco rato, bajó su mirada y luego le sonrió a Alan por su propia conducta que manifestaba, y le dijo:

-Si no le molesta Alan, quisiera charlar un poco con Royd... a solas, negocios finalmente.

-Le entiendo... ¿Quiere que le llame?

-Por favor.

El Sr. Royd había entrado a la cocina. Alan le atajó y le dio el recado.

Por lo visto, ella y Royd debían hablar seriamente... seguramente lo que sería el destino del lugar. O, probablemente, repasar de nuevo un plan ya bien sabido. Uno que por la frecuencia de su pronunciación secreta entre aquellos dos, debía ser perfectamente ejecutado.

II

Pronto, la sala quedó sola. Todos ya en sus cuartos. Alan en el propio, tratando de dormir. Y, tal como él lo había imaginado, Anabel y Royd (que ya se habían trasladado a la sala) se encontraban en calma y fumando. Viéndose constantemente. Ideando la solución a sus problemas, sean cuales fueren.

Al final, ya muy noche, Anabel salió de nueva cuenta al jardín. Se paseaba silenciosamente, fantasmal con su cigarro. Se detuvo, se tapó la cara cuando parecía sollozar. Tiró el cigarro. Alan, desde su cuarto oscuro, le veía por su ventana. Un sentimiento reprimido, pensó muy en sus adentros él.

III

La otra habitación que daba al jardín posterior era la de Richard y su abuela, pero Richard no miró al exterior. Estuvo un buen rato sentado en la orilla de su cama, pensando en una sola cosa. Una inconfesable y vergonzosa.

IV

Comenzó a intensificarse el frío... aún así Anabel continuó estática en ese viento congelado... con las mejillas algo mojadas. Tan frágil al viento violento. Colina Roja estuvo en silencio, pero ese silencio del que gozan los muertos cuando descansan en sus propias camas absurdas.

Capítulo 10

I

Amaneció y para entonces, habían lanzado una carta al jardín de frente, en la loza de piedra, y el cocinero preparaba un desayuno simple: tostadas, mermeladas y jugos de distintas frutas, huevo estrellado y mantequilla era parte del servicio.

El Sr. Royd, puntual como siempre, apresuró el paso a la entrada, tomó la carta y miró hacia el 668 antes de entrar.

-¿El desayuno supongo?

-Si señor, casi listo.

Se escuchó el huevo freír. Tiró en un sillón de la sala, la carta. Murmuró: "Será mejor ir a ver eso... ¿por qué no?". Subió y dio dos golpes en cada puerta.

Arriba, salió primero Alan y entró al baño. Dentro del cuarto de "las dos señoras" se escuchaba movimiento. Bajaron, ya arregladas, algo apresuradas y con sus bolsos y un portafolio en mano. Vestían con leve formalidad.

Ya instalados en el comedor se encontraban Lunch, Isabelle y Richard (que bajó muy despeinado antes que su abuela bajara). Anabel, después de escuchar a Alan en el baño común y recorrer cada cuarto con una mirada levemente escrutadora, bajó lentamente. Buscó su pitillera dorada. La noche anterior, regresando del 668, Anabel le había advertido a Alan que su baño tenía un problema y que usara el baño común en lo mientras.

-¡Buen día Royd!

-Buen día querida... ¿Dormiste bien?

-Creo sí.

-Buen día- dijo a todos los demás-. Buen día Alan.

-Ah, hola- venía bajando apenas.

Los demás se limitaron a saludar cortésmente a Anabel.

Royd, que andaba cerca de Alan, le dio la carta que hace momentos había

lanzado al sillón:

-Por cierto, tome... es de la capital. Sabe Dios como le hizo el cartero para encontrar el domicilio, siquiera la persona que se lo envió a usted.

-No creo que haya sido excesivamente difícil... ¿Quién podrá ser?- dijo más para él que a Royd.

No se le ocurrió revisar el remitente, pero al abrirla notó inmediatamente que era escrita por Flor: su peculiar escritura ligera, imprecisa y larga de doctor; ininteligible para otros, y la forma en que le saludaba:

“Hola mi más querido:

He estado pensando en ti todo este tiempo...”

-Creo que tiene el matasellos de ayer- pronunció Royd.

Alan no despegó la mirada del papel por unos momentos, sin leerlo realmente. Comenzó su lectura después y con fastidio.

Anabel, que había encontrado ya su pitillera, y una vez probado el almuerzo por su paladar, subió de nueva cuenta. Vio a Melissa acomodando con mucho orden y respeto la mercancía que llevaba y cuya única manufacturera era ella misma. Después, al observar más de cerca al interior de su cuarto, pudo notar que se estaba retocando de nuevo frente al espejo.

-Sra. Melissa... sea tan amable de bajar, por favor... el almuerzo está por servirse.

-Oh, por supuesto que sí... Srita. Anabel-

Antes que Anabel se volviera, Melissa le detuvo diciendo:

-Usted nos ha tratado tan amablemente... ¡parece todo esto algo como un sueño! Es decir... usted, como anfitriona, es muy buena. Debe... debe lle... lle, llevar mucho tiempo en esto, en este negocio.

-Así es... algo así... como unos 5 años... Sí- dijo esto suspirando.

-Ya voy Srita. Anabel, solo acabo conmigo, ¿sí?

-Veo que acomodó sus trabajos. Muy lindos, ya le dije.

Melissa volteó la mirada detrás suyo. Y, como sus trabajos estaban dentro de su maleta café, le extrañó que en algún momento supiera sobre sus

prendas, así que respondió dubitativa:

-Si... así es. Si así le parece.

Bajaron una seguida de la otra.

Cuando Melissa vio a Richard, se acercó a él y le replicó lo más disimuladamente: "Despeinado y en pantuflas, iva!"

Dado que todos a excepción de Royd, pero incluso Melissa, estaban ocupados acabando de almorzar para apresurar alguna empresa importante, decidiendo el destino irresoluto, pensando en las posibilidades de lo que uno labora o sopesando los amores pretendidos y los verdaderos, dejaron, por acuerdo tácito, que Royd contara anécdotas. Éste último, al poco rato ya empezada su retahíla de sucesos, comprendió y expuso sus ideas e historias a todos en general en vez de mirar a uno solo como solía hacerlo.

II

Ya habían coincidido esa mañana en que tanto Alan como Lunch e Isabelle pensaban ir a la capital. Sin embargo, aunque el mismo destino, el mismo hecho de ir implicaba cosas muy diferentes en cada caso. Alan lo pensó cuando leyó aquella carta:

"Hola mi más querido:

He estado pensando en ti todo este tiempo...

Cuando mencionaste a mis padres, me negué a reconocerlo, pero tenías razón: debía hablar con ellos y yo traté, en verdad que lo hice mi Alan, pero son intratables.

Me he sentido triste desde entonces, desde anoche cuando no los encontré. Mi madre... parecía como si en verdad me quisiera aconsejar, pero la única frase con la que describo lo que me decía torpemente es: - Pobre niña...-

No puedo entender muchas cosas. Trato de entender tu decisión de alejarte un poco, pero pensé que estando juntos, como muchas veces te lo he reiterado, estarías aliviado un poco de tu pena. En verdad entiendo que te duela lo de tu madre, pero no te entiendo al dejarme sola por estos

momentos.

¡Juraría que lo haces por... no sé. Simple y llanamente que no te entiendo. Si yo me sintiera como tú, quisiera inmensamente que tú me abrazaras. Pero, por lo mismo he llegado a pensar que tú no me quieres, que en verdad no me quieres. ¡Quieres estar solo cuando deberíamos estar más unidos que nunca!

En fin. Debo decirte algo importante. Si te hallas en un poco de disposición, hablaremos en la casa de la Capital. Hoy, poco antes de la hora del té.

Siempre tuya, Flor."

"Tienes mal enfocado tu amor, Flor" pensó Alan.

¿Qué podría estar pasando por la cabeza de su Flor, de la Srita. Flor Bysshe?

Isabelle y Lunch debían ir a la Capital a arreglar un asunto sobre el cual ya iban preparadas. Nadie sabía que si complicidad, su empresa sobre la que estuviesen trabajando, contemplaba a "Colina Roja". Un asunto tan importante, quizá el más importante que se trate sobre el lugar. Anabel no sospechaba nada. Solo sabía que eran dos personas amables que nunca les faltaba el dinero, que las había conocido hace un año aproximadamente yendo a una parroquia muy importante y que podrían, a mediano plazo, ser patrocinadoras del lugar... de su hostería. La idea que Alan había tenido anoche, al reflexionar un poco sobre Royd y Anabel, debía pasar inmediatamente a tutela de "las dos señoras": un plan ya bien sabido que debía ser perfectamente ejecutado.

De pronto, y antes de que Lunch e Isabelle partieran, el Sr. Royd lanzó la siguiente cuestión al aire: "¿Y... a qué han venido además del raro recreo que ofrecemos?"

Aquellas dos señoras se miraron con sumo énfasis.

Anabel habló:

-Simple recreo, por lo menos para ellas, querido.

-Precisamente- dijo Isabelle.

-¿Aún le interesan mis trabajos, Srita. Anabel?- preguntó Melissa con precaución.

-Le he dicho que sí... me los mostrará y le diré los particulares sobre los

que me inclino... ¿le parece?- dijo lo más amable. Continuó:

-Aunque... el señorcito Alan no nos ha platicado gran cosa... díganos... "¿A qué ha venido además del raro recreo que ofrecemos?"- dijo esto último un tanto cómica cuando miraba a Royd.

En ese punto todos, excepto la Sra. Isabelle y Richard, miraban interesados a Alan. Él se desatoró el bocado de pan que había tomado:

-Bueno... simple recreación... decidí alejarme un poco de Flor, de... de la Capital, prin... principalmente. Pensar bien unas cosas.

-Oh, Flor- exclamó Anabel.

Dado que le parecía que había una confusión colectiva, Richard dijo, más a manera de replica: "es su esposa".

-Oh- pronunció Anabel mirando a Alan después de haber reparado un poco en el joven de lentes- pues era lógico, ya le había dicho eso, disculpe.

Alan: ¿Aún sostiene que ella pueda ser su esposa?

Alan se irguió exageradamente y dijo prolongadamente la frase: "Así es... sí."

Fue un momento eterno en que Anabel se arregló el lecho.

Richard se sonrojó sobremanera y se mantuvo, si es que era posible, más quedo.

Finalmente Royd dijo, sacando uno de los cigarros de la pitillera de Anabel:

-Una esposa entonces... Y bueno, ¿qué hace aquí entonces?-

Ya en ese momento Anabel le comunicaba mediante señas y murmullos característicos que dejara el tema por las buenas. Pero el osado de Royd continuaba con la ponzoña y el acento un tanto impertinente que tan a disgusto tenía a Alan, pues ya le reconocía como deo característico del buen Royd.

-Dígame Alan, espero no molestarlo- dijo, sin sinceridad.

Royd era un defensor asiduo del matrimonio, y del patrimonio prominente que dejara: muchos hijos.

Melissa no paraba sus ojos, de un lado al otro de la mesa. De Royd a Anabel y luego a Alan.

-¿Está de acuerdo, Sr. Royd, que una persona esté con alguien que no ama?

Richard tosió al atragantarse. Melissa le dijo unas palabras pero él no contestó.

Las dos señoras se preparaban para irse. Tomaron unas cosas que habían dejado en la mesa. Se estaban levantando.

-¿Ya se van?- preguntó Anabel, mirando a Royd y luego a ellas dos.

-Así es Srita. Anabel.

Anabel se levantó y volteó a Alan y, dándole unas palmadas en la espalda, dijo:

-Por supuesto que Royd no está de acuerdo, Sr. Alan.

-¡Claro que no querida!- exclamó enérgicamente él.

Anabel se alivió un poco, luego quiso despedir a Lunch e Isabelle, pero Royd, mirando su cigarro y acariciándose la barbilla, interrumpió dirigiéndose a Alan:

-No sé por qué se casan, por principio de cuentas entonces.

Es mi opinión Sr. Alan, lo lamento.

-Supone que ella y yo estamos separados o tan juntos como un matrimonio...

.Con su permiso, buena... casi tarde, a todos- pronunció Lunch, mirando su reloj.

Anabel las acompañó a la salida. Tardó un poco en explicarles como llegar a la Capital tomando un camión que las dejaba en Clipton y luego de ahí, tomar otro a su destino... o esperarse al camión oficial que las dejaba directamente en la Capital pero debían esperar 15 minutos. Decidieron tomar el de la ruta a Clipton y se despidieron de ella entre tanto que Alan y Royd continuaban hablando como si Melissa y Richard no estuviesen ahí. "¿Qué importaba la opinión de dos habitantes humildes, sin criterio, de Clipton?"

-¿No viven casados?... Ya lo mencionó usted... ¿qué relación llevan

entonces?... si... puedo saberlo.

-Estamos en una situación en que ella no comprende mi estado de ánimo... y yo debo descansar de su actitud hacia mí.

-¿Ella le quiere?

-Así es.

-¿Entonces de qué actitud habla?

Alan suspiró. Si bien Royd le molestaba, no dejaba de estar conciente que le importaba su vida con Flor para aplicar sus consejos bien intencionados y que explicar por lo que pasaba ameritaba una conversación menos pública... aún así estaba dispuesto (aunque no listo) a pronunciar las dos frases que tanto le atemorizaban, si con ello Royd le dejaba en paz:

-Es una situación un tanto difícil de explicar, Sr. Royd

-¿Por qué lo dice?... No... ¿no desea un cigarro?

-No gracias.

Anabel iba entrando, después de despedir a Lunch y su acompañante con un cálido "Adieu".

-Verá... no sé si pueda explicarlo, más bien expresarlo. Ha sucedido algo... algo malo.

Después de unos segundos eternos en que Anabel miraba al par aquel de Melissa y su nieto, y éstos a su vez a Royd y Alan, éste último pronunció con cordialidad extraña:

-Mi... madre, mi madre ha fallecido...

-Oh...- Royd dejó un poco su cigarro. Se frotó la calva y miró a Anabel, que se sentó lentamente al borde de la silla más cercana.

Alan continuó:

-Ayer precisamente, por la mañana según tengo entendido. Un tanto de enfermedad, otro tanto por la edad.

Aunque su voz sonaba calmada y menos pausada que antes, no era calma ni paz lo que estaba experimentando. Reprimía un fuerte sentimiento con todas sus fuerzas y trató de llevarse calmadamente a la boca, el té que tenía en frente, pero sin éxito. Su mano no parecía obedecer y creyó

mejor seguir hablando para evitar se formara un silencio avasallador:

-Ella era una mujer que trató duro a la servidumbre, su servidumbre... hasta las últimas fechas en que contrató a un tal Esteban que gobernó bien los quehaceres y diligencias.

Anabel miraba de pronto a Alan con aquellos ojos de madre que quiere consolar a su hijo. Esa es la Anabel amorosa, la que entiende, por lo menos, los sentimientos que se aceptan por obvios y naturales.

Royd estaba a punto de repetir el prolongado protocolo del sermón acerca de la muerte y vida que, dicho sea de paso, y en una reflexión personal, no dejaba de ser consolador; pero que Alan estaba harto de escuchar. Sin embargo, lo haría con la mayor disposición posible. Anabel estaba dispuesta, también, a hablar con Alan, pero a solas. Conocía el mal tacto que poseía Royd para esas cuestiones; "tiende a ser grosero sin proponérselo o darse cuenta", era normal y humano. Melissa, si tuviese mayor facilidad de palabra, le hablaría a Alan sobre el mismo tópico que Royd.

-Alan- dijo Anabel, levantándose-, después hablo con usted... Sra. Melissa... ¿me podría enseñar su trabajo ahora?

-Oh, por supuesto que sí... con mucho gusto. Hijo, ¿vas a estar aquí?

Richard asentó, pero reparó en la nueva charla que Royd y Alan estaban a punto de tener.

-Es decir... creo que, creo que puedo conocer un poco... no he visto el jardín... iré a verlo, abuela.

Melissa se levantó, seguida de su nieto que ya se dirigía al jardín trasero.

-Cuanto lo lamento hijo, Alan- dijo Melissa, tocándole su mano y con la mejor intención.

Anabel subió las escaleras seguida de Melissa.

El pobre de Richard se sentó en una de las sillas del jardín, mirando sin interés los verdes que se producían. Volteó al comedor y la sala. Escuchó unos murmullos provenientes de arriba. Regresó su mirada a la mesa que tenía en frente suyo. Se quitó las gafas redondas y turbias. Se detuvo, mirándolas fijamente... Se sentía frustrado.

De sus ojos negros cobijados por sus párpados, copas blancas, brotaron unas lágrimas, suave y triste néctar. Su mirar aún clavado en sus gafas, cárcel de su alma. Ocultó su cara detrás de sus pálidas manos, muertas. Comenzó a sollozar. Su pecho se convulsionaba tratando de lamentarse lo

menos posible y en su silencio.

Para entonces Royd y Alan ya estaban charlando y éste último volvió a pensar en Richard, por segunda vez, en Colina Roja.

III

Alan acabó de hablar con Royd. Se quedó solo en el sillón de la sala; aquel espacioso mueble.

Royd subió a encontrarse con Anabel. Sobre algo estaban discutiendo. Desde abajo se escuchaba a Royd decir: "ahora que lo dice... sería buena idea ir a la Capital. Sé quienes aman este tipo de textiles." Anabel alentó a Melissa a que fuera con Royd. Conocería más la Capital (quizá podría quitarle un poco el desencanto de ciudad) y principalmente promocionaría sus trabajos con las amigas de Royd y Anabel. Al preguntarle a ésta si iría, le musitó a Melissa algo así como: "sabe... debo hablar un poco con Alan... entiendo por lo que puede estar pasando." Melissa tomó su maleta y bajó peligrosamente rápido, seguida de Royd.

Estaban encaminándose a la salida, pero ella volteó al jardín. Caminó y se dirigió a Richard:

-Hijo, iré a la Capital. Dice la Srita. Anabel que habrá gente que compre lo que he trabajado... las prendas. Me ayudará, ¿a que no?

Richard se puso los lentes.

-Está bien.

-Ah... ¿Estuviste llorando?... hijo, dime si...

-No es nada.

-Oh hijo. Sabes que me tienes a mí... Tus padres siempre con sus cosas... ocupados finalmente. Lo lamento... pero sabes que no deberían descuidarte.

-Esta bien abuela, es apenas nada.

Además, sabes que de ahora en adelante tengo que valerme un poco de mí mismo. Si mis papás no me prestaron la atención o... -quiso corregir- más aún si no se dieron cuenta de... Bueno, eso ya no importa.

-Por supuesto que importa... sabes por qué importa...

-Abuela...

Se levantó de su silla y la miró fijamente, luego la abrazó: "te irá bien, ve."

-Oh, sí, claro... La Srita. Anabel se quedará... Y Alan, tienen que hablar, ¿sabes?... ¡Ah!, después hablamos de esto... Ginny- pronunció silenciosamente.

-Precisamente.

-Ya me voy, cuídate hijo.

Le besó la mejilla derecha.

Cuando acabaron de despedirse de Alan, él subió las escaleras de dos en dos. Al llegar a la planta alta, vio a Anabel sentada al borde de la cama en el cuarto asignado a Melissa y su nieto. Se detuvo un poco, y luego caminó al baño. Cerró la puerta.

Miró directamente al espejo. Un hombre de tez morena, formal y pétreo le miraba. Bajó su rostro. Se lavó la cabeza y, estando su cara mojada en el lavabo comenzó a llorar cortadamente. Aquello, aquel sentimiento, aquella punzada terrible, esa presión concentrada en sus sienes. La punzada terrible, eso era, un dolor de cabeza provocado por todas las veces en que quiso deshacerse en llanto y no pudo. Era todo eso tan dramático, infantil, absurdo. Lo que nadie debe sentir, una pérdida. No estaba listo, nadie lo está, pero debía irse preparando para todas y cada una de las veces que le ocurriría eso. De cualquier modo una vida al lado de alguien, en forma independiente, mitigaba ese dolor del familiar muerto. Pero Alan pensaba que todo aquello pudo ser una experiencia menos dolorosa, venenosa (por lo que se lamentaba y culpaba): haber pasado los últimos días con su madre era lo que debía haber hecho. Ahora, dado que nunca la vio en estado de rigidez cadavérica ni mucho menos, no le lloraba precisamente a la imagen de su madre muerta, sino al desapercibido día en que se despidió de ella tan indiferente y común, para irse a vivir con Flor e intentar casarse con ella.

Repitió en su mente varias veces las sentencias: "Antes de las 5 con Flor, después de las 5 en el funeral... Perfectamente."

Alan se secó el cabello. Se frotó el cuello y miró la puerta. Salió a encontrarse con Anabel.

Ella, aunque había despertado con alegría y júbilo, ahora parecía agotada. Estaba mirando al exterior, hacia el lago. De pronto se animó por "arreglar" el lugar había caído repentina y estrepitosamente. Parecía que siempre le pasaba: las posibilidades sobre las que construía un bello decorado en su mente, parecían caerse continuamente; pero resistían un poco, desarrollándose sutilmente, avivadas por el plan de mejorar un lugar. Algo la hacía levantarse de esa soledad que siempre la acompañaba. La soledad que le había confesado a su amigo Alan.

En eso pensaba cuando Alan entró lentamente al cuarto. Ella volteó a él, se le acercó y, tomándolo de la nuca, le invitó a sentarse al borde de la cama:

-Dime que sucede... ¿Qué hay acerca de Flor?

-¿Podrías esperar... Anabel? No quisiera hablar... no quiero desahogarme. Sé que hay una solución a mi problema y... todo irá bien.

-¿Estás seguro mi muchacho?

-Claro que sí Anabel. Te lo contaré todo, pero debo pensar las cosas claramente.

Ha llegado esta mañana una carta de Flor hacia mí...

De cualquier forma, debo pensar claramente, sí.

Si me disculpa, bella dama, quisiera bajar... Estar a solas un poco- dijo sincero.

-Muy bien Alan

-Tomaré un cigarro de su cigarrera, si no le importa.

-Está bien, sí Alan... oh, si es que no se la llevó el bueno de Royd. Dios, espero que no le arruine el viaje a Melissa fumando.

-Muy bien. Bajaré.

-Valla valla, no repare más.

Alan pensó, cómico: "Se las arreglaré para de una forma u otra arruinarle el viaje."

Bajó y vio a Richard salir y virar a la derecha. Tomó dos cigarros de la caja dorada brillante que los contenía y que estaba en la mesa. Lo siguió lentamente. Ya había charlado con Royd, Anabel era su confidente, las dos señoras Lunch e Isabelle no parecían querer exteriorizar ideas (y él tampoco tenía deseos de conocerlas). Su impresión hacia Melissa era suficiente para no querer saber más de su vida, sin que esto signifique que no le gustara. Era, a los ojos de Alan, una persona bonachona; del tipo de madre que procura o procuraba a sus hijos, y de la clase de abuela que cuida a sus nietos aún más. Se preguntaba, a propósito, de Richard. No tan pronto le había interesado, no apenas se había fijado en él. Esa era la verdad.

Capítulo 11

Richard caminó al claro. Se puso las manos en la nuca y su mirada se estaba perdiendo en aquel brillo dorado del lago cuando Alan se le unió. Ya estaba encendiendo su cigarro y esto le dijo:

-¿Qué haces acá muchacho?

Alan se recargó en uno de los árboles. Dijo:

-¿Has pensado en... bañarte ahí?

-¿Qué dices?

-Sí... El lago luce estupendo. ¿No quieres entrar?

-¿Qué?...- dijo escandalizado- Me dices eso...

-Olvídalo hombre... Pareces siempre estar callado.

Richard tenía una dificultad notoria para "socializar". Alan lo sabía.

-¿No te importa que fume?

-No... adelante.

-¿No quieres uno?

Richard miró el cigarro. Lo aceptó sin encenderlo. Parecía desconocer ese objeto.

-Yo... no fumo.

-A Flor no le gusta que fume. Dice que... la gente se ve mal. Dice que es una mala costumbre, así como tomar alcohol.

-A mi me gusta como se ve la gente fumando... Todo muy elegante.

-Por supuesto que si, ¿no?

-Sin embargo yo no quisiera fumar. No entiendo que propósito tiene. No tiene sabor, al contrario... sabe muy mal y contiene alquitrán, nicotina y no sé cuanto más.

Alan miró de reojo a Richard.

-¿Algo más, joven saludable?

-Sin embargo me gusta el sabor dulce del vino... bueno, de un tipo de vino.

-Oh, amigo, por algo debías de gustarme.

-Aunque mi sed prefiere la cerveza.

-¡Desde luego que sí!

Ambos rieron. Alan poseía una risa grave y que, de nueva cuenta, Anabel encontraría por "encantadora".

Richard, luego de un momento, le dijo:

-Oye... espero que no te moleste, quería preguntarte algo...

-Adelante- dijo Alan, desabotonándose la parte de arriba de su camisa formal.

-Yo... ah...

...

-Me refiero a... bueno, intentaste hacer algo con ella, ¿no?... es decir... quisiste amarla, pero... fallaste.

Alan tosió. No pudo comprender en ese momento la clase de persona que Richard era. Aquellos anteojos que nublaban y ocultaban su mirada, dejando ver solo apenas ligeros esbozos negros por ojos, lo hacían aún más misterioso.

Finalmente respondió, mirándolo un tanto acusadoramente:

-Fallé, así es. No la amo. Ella no lo entiende ni lo hará. Intenté casarme con ella en una ocasión y fue un desastre. En su momento hizo su berrinche, después me lo perdonó., y continuó igual de amorosa para conmigo, lo peor de ella... Así es la buena de Flor, "mi Flor": mantiene esa esperanza en mí. No me odió lo necesario, por lo que me lamento en verdad. En lugar suyo, se está engañando conmigo...

-Si no la amas...

Alan volteó inmediatamente a él.

-...Disculpa, iba a aconsejarte algo...

-Adelante- lo miró fijamente-. ¿Por qué aún no lo has hecho?

-Mi... Mi inexistente vida amorosa me hace incapaz de hablar sobre lo mismo.

Es decir que... no puedo aconsejarte.

-Ya te entendí...

-Pero puedo imaginar tu situación. Tengo una gran imaginación... mala fortuna para ciertas veces, sin embargo.

Si no la amas, y no lo sabe, entenderás que, mientras más tiempo pase más difícil te será decirle. Podría sufrir una terrible decepción.

Alan, que desde momentos antes continuaba mirándolo, se preguntaba quien era esa persona de Richard. Éste último evitaba todo contacto visual.

Las aves que desde la mañana ya cantaban y revoloteaban, seguían en su juego.

Al cabo de un rato, Alan exclamó:

-¡No sé como decírselo!

Anabel, que desde la habitación de Melissa y Richard los miraba, se preguntaba, también, lo que hablaban. Según Alan, quería estar un poco a solas y sin embargo parecía abrirse a aquel chico apático. Los vio reírse juntos. Pensó en una cosa en aquel momento... Miró las cosas de Richard: una mochila verde arrumbada y tres libros apilados.

Pensó, antes de retirar la idea que le había asaltado, en su esposo y ella. La sensación de felicidad, tan pocas veces tan perpetua. Pudo estar así, con su dicha, por unos minutos... y claro que después, venía la nostalgia y un suspiro y, según lo acostumbrada que estuviera ella, más tristeza o simple indiferencia a toda esa... maraña de sensaciones y situaciones y ecos dolorosos, felices y pasados.

Pronunció para sí: "¡Ja, aquellos dos... Sería bello, pienso... Parecen tan necesitados uno del otro en cualquier relación que presentasen a sus propias voluntades.

¡Haber que hay con la tal Flor!"

Capítulo 12

I

Entraron a un hotel espacioso en su interior. Melissa Pudo deducir que se trataba de uno de los edificios que había construido Royd.

Melissa caminaba, con su andar de pingüino, detrás de Royd, asombrada y algo nerviosa. Royd llevaba el porte necesario para juzgarle en su apariencia como una persona de muy buenos recursos financieros. Habló algo con la recepcionista y un joven vestido en rojo les acompañó al elevador.

Una vez arriba, se instalaron en la habitación de número 10.

-Se le otorgaran las comodidades necesarias-dijo Royd, ya dentro de la habitación-.

Yo iré a resolver un asunto pendiente... Cuando venga le presentaré a las personas que estarían interesadas en su trabajo... Dígame, ¿le gusta el tenis?

-Ah... sí, supongo.

-Muy bien entonces.

Relájese, póngase cómoda.

Cuando Royd salió, Melissa buscó ingenuamente una máquina de coser por toda la habitación; decidió hacerlo manualmente. Si bien había empezado por cocinarle a otra gente, y que hubo un tiempo en que también tejía, finalmente dejó la cocina porque implicaba estar un tiempo considerable de pie y además de que no pudo cubrir la demanda que en su momento fue grande y que por lo mismo le costó perder clientes. Ahora su enfoque era cocinar de vez en cuando y vender pastelillos, tartas, etcétera y, principalmente, tejer prendas por las cuales se estaba dando a conocer más rápidamente. Además de que dicha actividad le relajaba sobremanera.

II

Royd, una vez ya reunido con su compañero, comenzó diciendo:

-Leonardo, ¿sabe algo del señor que cuida el cementerio?

Leonardo era, por ahora, nada más que una sombra dentro del cuarto semi-iluminado. Pero en la luz se apreciaba que era una persona precavida, siempre con su mirada saltona abierta en cualquier situación.

-Tú fuiste quien se interesó desde un primer momento en el lugar.

No me dejaste aclarar ciertos puntos, si era necesario. Tú no preguntaste nada.

-De cualquier modo, no me causa problema porque apuesto que al respecto no hay algo relevante que me tuvieras que decir en su momento, ¿no?

-Por supuesto que no... nada malo. Sabía que era una persona que se contrató para limpiar el lugar. Es todo.

-“Que se contrato...” Ya sé que fue así... tú mismo me hablaste de ellos vagamente. Claro que en la excitación del momento, no reparé en más detalles. Pero aún así, ¿sabes lo impreciso que eso suena? Debiste saber más sobre el lugar.

-¿Qué querías que supiera? ¿Qué querías saber? Todo lo que se dice es lo único. ¿Querías que investigara cada rincón macabro del que presumen? Solo te dije que había un lugar espacioso al que se le podía sacar un gran provecho, lo que sigo sosteniendo. Cuestiones mercantiles, algo práctico... Las historias no sirven de nada para establecer el objeto de tus negocios.

-Tienes completamente la razón. Disculpa... solo que ese señor me daba una mala espina... no lo sé. Todo, o quien sea, que tenga que ver con el lugar no es de completa confianza, ¿Entiendes?

-Quisiera preguntarte- se acomodó mejor en su asiento-, ¿por qué aceptaste tan enérgicamente la idea que te propuse? Creí que pedirías más informaciones, pero en cuanto te mencioné el nombre de Colina Roja no lo pensaste y compraste el lugar.

-No es, de todos modos, algo que te importe.

Raro que sigan rentando inmuebles de la misma parte. ¿Quién te patrocinó tal lugar?

-Un tal... Alejandro. Tuvo una oferta y de cualquier manera, nunca me preocupó lo que las historias dijeran, como para sugerir mi decisión

de tomarlo como un posible reto tal cual.

Royd recapacitó un poco cuando evitó darle información sobre su verdadero propósito en Colina Roja. Dijo:

-¿Conoce la historia que se cuenta sobre el lago?... sobre el lago de Colina Roja

-No.

-Ah...

Después de un rato en silencio, Leonardo le preguntó esto:

-Gustavo, ¿no se estará arrepintiendo de su decisión o sí?

-No me diga así... y no lo he hecho. Sinceramente cuando me propongo algo lo consigo... todas las veces- dijo golpeando la mesa con puño cerrado-.

Además... olvídate de ese nombre, te digo, que es mejor que me conozcan simplemente por Royd, mi segundo nombre.

Lo de Gustavo quedó ya en el pasado.

Capítulo 13

Lunch e Isabelle.

I

La junta había iniciado exactamente a las 6 de la tarde.

Se encontraban en el recinto, a media luz, 14 personas: 12 ya estaban sentadas (entre ellas Lunch e Isabelle), dos más permanecían totalmente herméticas, paradas en una esquina; así que cuando se les invitó a sentarse, y aceptaron, no obstante lejos de la mesa, todos comenzaron a murmurar.

-Bien, apuremos esto- empezó diciendo el Sr. Le Mont -. A mi izquierda, los seis representantes de... bueno, varias partes del mundo. De mi lado derecho, cinco investigadores sobre... el caso. Los que le sobreviven. Y Lunch e Isabelle... las que hemos enviado.

Ya han de conocer la teoría de las llaves... quisiera que enfocáramos, sin embargo, el tema más hacia el hecho de la destrucción definitiva del lugar. No quisiera que pareciéramos unos bárbaros o con una actitud infantil pero, dadas las circunstancias... los hechos precisamente, no veo otra solución.

-Deje, por favor Sr. Le Mont, que hable sobre esto un poco- dijo uno de los investigadores. Pálido y de complexión ligeramente robusta-.

Quisiera corregirle si es que sobre al respecto están de acuerdo los caballeros a mi derecha, pero he investigado este caso y debo decir que la quema del lugar, tal como se había estado proponiendo anteriormente, varias veces, no es posible. Este hecho y las llaves que se presumen, no deben ser temas tratados separadamente. Si no se tiene, si no se cuenta con las tres llaves, destruir la colina no impedirá que los sucesos tomen lugar. ¡Colina Roja está maldita y fuego y explosiones no menguarán su característica! ¡Su poder!

Ahora, debo decir que aunque conseguir información sobre los verdaderos propósitos del... lugar como tal, y que ha sido una tarea sumamente difícil, ha sido posible, no se cuenta con una idea exacta de todo esto.

-¡Inexactitudes! claro...- habló un señor de barba prominente y oscura, moreno y con acento extranjero-

Me permito mostrarles los... machotes de las tres llaves.

Se los pasó a todos en una carpeta amarilla.

-Claro que esto no es importante si no se sabe las ubicaciones exactas de todas. Una vez con ellas, o durante el proceso de conseguirlas, se debe tener idea también decidida de que hacer con ellas.

Sin embargo, señores investigadores y ustedes caballeros- se refería a los que se encontraban de lado suyo y de fisionomías y complexiones muy distintas-, no vengo aquí sin algo que ofrecerles. Mi visita debe ser práctica y precisa decirles sobre la ubicación exacta de una de las llaves y el posible lugar de la segunda.

Los murmullos volvieron a sus bocas.

-¿Entonces es cierto que el 668 es uno de los lugares que... poseen una de las puertas?- preguntó intuitivamente un investigador joven e inglés-.

-Así es, sí... Durante mucho tiempo se sospechaba eso, pero todo esto, por supuesto, una inexactitud.

Sin embargo, no haré esto más prolongado. Sé que la familia Neville estuvo por última vez ahí. Asistieron un par de veces al Fleur Rouge, a las famosas fiestas que se organizaban ahí. Por el motivo que fuera, yo mismo asistí y en una de esas pude notar con alegría que la Srita. Ana (aunque ya era una señora joven, se le quedó su título por ser siempre muy bondadosa), ya fallecida, llevaba una de las llaves como gargantilla. Efectivamente, una llave común y larga, de aspecto cobrizo. El cuerpo mismo de la llave tenía un rubí... estoy seguro que auténtico, pero quizá puesto posterior a la adquisición del mismo objeto. No me sorprendería que fuese una herencia más bien e indudablemente representaba un objeto de mucho valor para ella. Ahora intuimos por qué.

-¿Entonces ella pudo haber guardado siempre el secreto de la llave, incluso de la puerta que abría?

-Si, es lo que digo.

Nunca pude tratarla... o concertar alguna cita con ella ya que además de todo pude notarla como una persona agradable. Su marido, por el contrario, era intratable y en mi opinión la manipulaba... Además de que siempre andaba con su secretaria, una tal Sue Wolf. Cuando murió Ana, todo muy dramático en su momento, las alhajas se mantuvieron dentro de la casa, pero no dudo que esta llave haya pasado a ser una más dentro de un llavero encargado a algún empleado. Todo esto es mera suposición, sin embargo nada más correcto. Contraté a una persona para que mantuviera limpio el cementerio, por excusa (que cuidara de él) y que,

específicamente, tuviera en sus manos las llaves cuando se presentara la oportunidad. Todo esto les parecerá muy abstracto quizá, pero gracias a que días antes había confiado en un desconocido, tengo la seguridad de que estamos por el camino correcto. Una persona anónima que me dijo con tal seguridad que sucedería algo impresionante en el 668... que los sucesos pasados y que la figura siempre quieta del cuarto de la ventana tenía una relación directa. Me explicó suficiente para creerle y... el cuidador que contraté ha obtenido la llave. Le pedí que me escribiera si notaba muy diferente alguna de ellas y acertó desconcertado. Me escribió esto:

"No existe intención de mi parte el alarmarle ni mucho menos, pero creo que han asesinado a alguien y en mis propias narices. No pude saberlo, pero cuando merodeaba cerca de la mansión me encontré con un cuerpo. El cuerpo de una mujer, una señora morena... asesinada precisamente. Atacada, al parecer, con brutalidad. Guardé el llavero que poseía, era obvio que esa persona pertenecía a la mansión. Una de las llaves sobresalía de las demás en tamaño. Un objeto, un cristal rojo incrustado, además. Espero aporte un poco de la información en la que podría estar interesado."

-¿Una mujer asesinada?... ¿Con qué seguridad?- murmuró uno.

-No lo sé- se sinceró-, no sé de quien pudiera tratarse, pero no hay necesidad alguna para que se esté mintiendo en esta carta. Lo único que dice es que el cuidador tomó las llaves consigo de la persona, quizá la dueña...

-Ahora que lo recuerdo... ¿No se casó en segundas nupcias el Sr. Neville y Sue Wolf?

-Claro, sí...- dijo el señor barbón- pero era imposible que ninguno de los dos estuviesen ahí. Lo que supe es que ambos se mudaron lejos.

Habló una figura guardada muy bien en su gabardina:

-Debo decir, sin embargo, que el Sr. Neville ha muerto. Ha sido asesinado más bien.

Hubo un estremecimiento de parte de la mayoría.

-Puedo darle los detalles, pero no hallo el caso...

-¡Pero esto se está volviendo cada vez más macabro!- exclamó el investigador inglés, muy escandalizado-

El lugar debe ser destruido, no hay duda. No duden ustedes en que todo

esto que nos cuentan es producto de la horrible voluntad de ese lugar.

-Temo secundarlo- habló de nueva cuenta el investigador encerrado en su abrigo-.

Aunque dije que no hallaba relación, debo admitir que hay coincidencias desconcertantes. No pudo expresarlo mejor Frank- se refería al investigador inglés-. El Sr. Neville fue asesinado... por tres heridas de cuchillo. Dos en el pecho, exactamente en el centro del corazón y una más, directo en la yugular. Lo más preocupante, y que merece mayor atención, sin embargo, es el hecho de que la Srita. Sue nunca estuvo en el lugar. Nunca se mudo con él, pues las mismas personas vecinas no vieron jamás a una mujer, ni siquiera el mismo día de la mudanza. Para acabar pronto, solo les diré esto: la Srita. Sue era una mujer morena.

Por tercera ocasión, los cuchicheos no se hicieron esperar. Hubo más de uno que exclamó "¡oh!" y a veces "eso no pudo ser".

-¿Insinúa- dijo el señor de la barba-, que Sue Wolf fue la víctima del asesinato de hace aproximadamente un año? ¿Habla en serio?

-Son los hechos. Concluyan si desean hacerlo, la verdad es que para mí es bastante claro.

Quiero decirle además que esto de las llaves me ha dejado siempre el mal sabor de boca. No puedo, por más que quiera, convencerme de que no sea más que un estúpido cuento.

-Le comparto- dijo la voz grave y sin emoción de una de las personas misteriosas que estaba, junto a otra, sentada muy aparte de la mesa-.

Lo único que yo veo es una tonta charla sobre unas supuestas llaves mágicas que abren puertas a otros mundos. La lógica nos dice que si hay un problema, hay que erradicarlo. Si el problema son los edificios, si ha habido muertes sucesivas en los mismos y les sugestionan la idea de la "voluntad propia" del lugar, no veo por qué no puedan destruirse. Ese es el problema y esa es la solución, punto.

Varios investigadores se llevaron sus manos a la nuca, frustrados.

-Mmes., Lunch e Isabelle, creo que podrían esperar afuera un poco. Trataremos este tema un poco más delicadamente- dijo el señor de la barba.

-Así es señor... vamos Isabelle.

Dejaron el lugar, sugestionadas. Al salir, escucharon algo como: "Debería revisar bien la información." Se apartaron del cuarto, hacia un pasillo

lejano.

II

-¿Qué piensa Lunch?

-Ah...

Se sentaron en una banca.

Isabelle se atrevió a pronunciar primero:

-Muy dividida la opinión, ¿no?

-Quiero que entiendas que si no tenemos opción, debemos... ah... destruir el lugar, tal vez- dijo decidida y con un acento distinto al suyo-.

Me parece una situación extraordinaria... Sin embargo, ameritaría una decisión difícil y definitiva de nuestra parte si queremos apresurar esto.

-Pero Lunch, no ha sucedido nada en estos años. A excepción de lo del... cadáver, claro, dentro de la propiedad del 668... sí. A excepción de eso, nada. ¿Debemos esperar algún fallo no?

-Fue fuera del 668, pero presumen que pudo tratarse de la Sra. Sue. Si no deciden algo hoy... Y bueno, no creas que pudiéramos estar seguras ahí...

-Claro claro...

Después de un poco, Lunch dijo:

-¿Cuál es el apellido de Melissa y su nieto?

-Ah... - Isabelle halló la ilación propia de su compañera y respondió en tono de sorpresa- ¡Campbells!

-Preciso. Revisaste la información tú también. No debemos conjeturar nada, pero vaya coincidencias.

¿Puedes revisar de nuevo la información que nos pasaron?

Isabelle buscó en las hojas de su portafolio. Dijo:

-Nada sobre Ginny Campbells, según recuerdo...- seguía buscando hasta que encontró una hoja- Solo se menciona como uno de tantos casos

relacionados con Colina Roja.

-Pero solo se supo que se extravió por mucho tiempo...-dijo Lunch, como tratando de recordar.

-Ajá y en el informe... bueno, solo dice eso. Nada más Lunch.

-¿Qué relación tendrá con Colina Roja entonces?

Isabelle pronunció una palabra al recordar algo:

-Demencia.

-¿Perdón?

-Escuché en una ocasión mencionar a una joven demente que... estuvo obsesionada con ir rumbo a Colina Roja, bueno no precisamente, pero... aunque nunca se mencionó oficialmente, la gente no descartaba que algo le haya trastornado tanto como el mismo lugar. Solo se supo que se escapó en esa dirección y lo vincularon a la colina.

-Desapareció...

-Sí.

-¿Qué familiares vivían con ella?

-Su abuela solamente Lunch.

Ambas sabían que la chica era de uno de los suburbios cercanos a la Capital.

-Y bueno, como has de haber notado, sobre la tercera llave nada se sabe...
- pronunció Lunch.

Después de reflexionar un poco, dijo:

-Isabelle, espero no alarmarte mucho, pero de cualquier manera es inevitable pensarlo: si no actuamos pronto, si esperamos por un fallo a mañana, a la misma hora (y si más bien nos traen de vuelta en vuelta) para entonces algo habrá sucedido. Sabes que no conocemos del todo a Royd, por ejemplo.

-Pero Anabel es una buena persona.

-¡Vaya pero ella es otra persona! ¡Royd posee una escopeta! Sepa Dios, además, si cuando fuimos a la mansión esa no era para otra cosa que la

excusa de intrusos.

-¿Por qué lo dices?

-Pues el cuidador parecía conocer bien a Royd...incluso a Anabel. Cuando salieron, cuando estábamos a punto de regresar a la hostería, el señor aquel ya traía algo guardando en su bolsillo. Algo más grande que su mano y pesado... ¡Bien pudo ser un arma!

Isabelle no supo qué comentar. Prefería que fuera ella quien tomara los juicios aunque no le parecieran probables. Sin embargo, la idea le había alterado.

-Sra. Lunch... me está dando miedo continuar con esto. ¡No podrían ser otras personas las que ejecuten el plan! Me había parecido atractivo todo esto, pero no es un juego y es algo que no entendí en su momento.

-Así es pero piense Isabelle que debía ser gente en apariencia, inofensiva. Aún así, no podemos cumplir la simple función de... enlace entre ese espantoso lugar y el organismo que nos ha contratado y sobre el cual estamos en su causa.

-¿Pero qué causa? Usted misma debe saber, debe de haber notado que estaban grupos de diferentes opiniones... divididas. ¡Deben decidirse!

-Su causa, querida Isabelle, es el bien. Están intentando decidir que rumbo nos llevará a ese fin- dijo un tanto irónica-. Recuerda que no saben que sucederá una vez las 3 llaves se unan. Todo muy misterioso, lo apuesto, pero nadie apostaría a nosotras que estamos metidas en esto y nadie hubiera pensado en un lugar tal como ese, pero existe físicamente.

Después de un poco Lunch volvió a hablar:

-Debemos ser quienes decidan... y debe ser antes de que oscurezca.

-¿Hoy?... ¿No podemos esperar Lunch?... Siquiera podríamos esperar a que tengan pista de la última llave.

-Ellos saben la misma poca información que nosotros. No saben que hacer. Sé que ellos decidirán, ¡pero es más seguro para todos que ese maldito lugar se quemara de una vez!

-¿Cómo lo vas a lograr?

-Ya te había dicho que te prepararas por si lo requeriéramos... Uno de los miembros de uno de los grupos me dio suficiente para explotar las

construcciones.

-Es una locura... Cuando un lugar vive de leyendas e historias feas, aún así no se le destruye, ni mucho menos.

-Pero no has visto las evidencias, Isabelle. Sé que eres, y permíteme decirlo, una persona que se volvería un manojito de nervios si te encontraras en una situación semejante y eso no es práctico querida.

Lo sabemos, no es un secreto: Colina Roja ha sido manchada en sangre tantas veces.

El señor barbón salió y antes de despedir a un personaje esquelético de gafas oscuras, le murmuró algo como: "sí, no puedo decirle más que era de edad mayor; nunca quiso identificarse, pero hablaba con seguridad inquebrantable." Salieron cinco personalidades, seguidas de él, que apresuraron el paso. Él se encaminó a Lunch y su amiga. Los demás se alejaron. Los investigadores siguieron dentro.

Lunch dijo:

-Noticias, supongo.

III

-Lunch, no, siéntese... Creo que por ahora lo conveniente será que continúen con la farsa. Irán a la hostería y se instalarán, se acoplarán, convivirán en general, para no levantar ninguna sospecha.

-¿Qué hay de las llaves?

-Están encargándose de eso... Le pediré al cuidador que me envíe el llavero, o por algún otro medio tendré las llaves, de eso no se preocupe.

-En dado caso no saben de la tercera llave.

-No, no sabemos. Se ha acordado que se destruirá en lugar, avisando a las personas que estén dentro de sus límites...

-¿Cuándo será esto?

-¿Me quiere decir algo Lunch?

-Puedo asegurarle que no.

-Esto se llevará a cabo hasta que se obtengan las dos llaves y ya. Será lo más pronto posible.

-Perfecto. Solo por curiosidad, ¿no será hoy cuando tome todas estas acciones o si?

-Pues no. El día no pinta para nada bien.

Debe entender, Sra. Lunch, que esto de las llaves no es una simple teoría y que se debe calcular y medir cada paso que damos, ¿está claro?

El señor se retiró.

Cuando lo hizo, el señor Le Mont las alcanzó:

-Espere Sra. Lunch. ¿Ya les dijo lo que deben de hacer?

-Si... sin embargo no estoy completamente satisfecha con su decisión tan pasiva.

-No fue unánime, desde luego... No con el tiempo medido y tantas... complicaciones. Sepa que por un lado quieren reunir todas las llaves y por otro destruir o quemar el lugar, lo más pronto, pero no será factible dado el clima... pronto podría llover.

-Entiendo... y es obvio el choque de trenes de ambas partes del comité.

-A mi parecer, esto es una mera estupidez. Suponga que el cuidador le conduce a las dos llaves, ¿y qué con eso si no se sabe absolutamente nada de la última? ¡Si se presume que se necesitan todas! Lo peor de todo es, como ha de haber intuido, que no tienen ningún medio o herramienta que los conduzca a la tercera llave. ¡Qué estupidez! ¿Qué ha pensado de todo esto Lunch?

-Lo mismo. Sé que están decidiendo qué hacer y que es una situación difícil, pero somos nosotras las que podemos pender de un hilo. ¿Cree en verdad que el haber pasado una noche en ese lugar no fue suerte? ¡Créalo! Es mi modo de parecer.

Lunch le susurró dramáticamente, pero ciertamente preocupada:

-Yo estaba convencida que hoy definirían su postura, pero si ese comité no lo hace, si nosotras. Cuando las cosas vayan a empeorar en esa hostería, en ese lugar, nosotras seremos quienes decidirán que hacer, ¿me entiende? ¡No espere de nosotras menos!

-Por supuesto que no Lunch, y le entiendo. Tome.

Le entregó una pistola negra. Lunch la miró detenidamente. Isabelle estaba totalmente petrificada al ver ese objeto.

-Será para su seguridad.

-Claro que sí Sr. Le Mont.

-¿Una pistola? ¿Un arma?- dijo Isabelle.

-¡Dios mío Isabelle! Te sorprendes por esta arma que será la que nos proteja, pero no de la idea de que Royd tiene una escopeta. Tiene más a su favor si su intención no es honorable...

Las "dos señoras" ya se marchaban y Le Mont las detuvo de nuevo:

-Una última cosa: tiene permitido destruir el lugar. Ya hablamos de las distancias que deben tener los detonadores y las colocaciones... Tenga, la llave de la bodega- se la dio rápidamente-. Nosotros estamos atados de las manos, pero ustedes no. Hay más de la mitad que respaldarían su decisión si tiene que tomarla, ¿entiende Lunch?

-Así es.

Salieron del edificio.

Las nubes grises comenzaron a ocultar a las brillantes. Pronto llovería.

Lunch e Isabelle caminaron un poco hacia la derecha e interceptaron a un auto.

Lunch le musitó al chofer: "A la salida a Carvallo, por favor... cerca de la bodega abandonada."

Capítulo 14

Alan.

I

Como le prometió, Alan, después de hablar un poco con Richard y de descansar otro tanto en la sala, subió decididamente las escaleras y se encontró a Anabel que seguía en el cuarto de Melissa.

-Ah, discúlpeme... de parte de ellos. No medí el tiempo y es casi la una de la tarde. Vamos a mi cuarto.

Anabel se levantó y, cuando Alan salió, cerró la puerta. Caminaron hasta toparse con el cuarto de ella. Entraron.

-Curioso, pensé que estábamos incomunicados- dijo Alan señalando al teléfono café que se encontraba arriba de una mesita-.

-Bueno, de hecho sí... La línea, si todo marcha bien, se instalará tan pronto como llegue el que reparará su baño.

Se sentaron en los dos sillones que estaban uno frente a otro. Alan habló primero:

-Llegó esta carta desde la Capital.

Anabel escuchaba al mismo tiempo en que se arreglaba su cabello.

-Lamento interrumpirle Alan... ¿puede pasarme esa cigarrera?

Alan volteó a la mesita. A un lado del teléfono había una caja escarlata. Se la dio y ella hizo la operación de fumar.

-En fin, le había dicho que es de Flor.

-Ajá...

Alan no sabía por donde empezar y al ver un poco confundida a Anabel, dijo:

-La verdad es que... bueno, francamente...

...

-Francamente me gusta, y la quiero por la persona bondadosa que veo en ella, pero no sé si yo pueda llegar a... bueno, a amarla.

Anabel le sintió simpatía, aunque erróneamente. Se preparó para decir:

-Es lo normal... cuando un matrimonio está a punto de iniciarse, las dudas surgen. Es natural Alan.

-Pero...

-Pronto verá que ella será una buena mujer con usted- dijo Anabel, sin darse cuenta de lo que Alan trataba de decir.

Él dijo resignado:

-Indudablemente.

Cambiando de tema... Mi madre... Mi madre murió sola... Sin su hijo que estuviera ahí...- lo dijo con la mayor facilidad y sin pensarlo realmente, para no sufrir otro colapso, su duelo- En fin. Flor, a pocas horas de que me notificaran la muerte de mi madre, es más vinculando su muerte a lo que me diría, me propuso que fuera a vivir definitivamente con ella y que el plan de casarnos continuara. Me dolió más el que no pensara mi sufrimiento. Lo que no entiendo es que ella le tenía estima a mi madre, en verdad, pero parecía nunca escucharme... y...- quiso decir algo, pero prefirió hablar sobre otro aspecto- Hoy mismo la ent... Hoy, este mismo día es el funeral.

Para ese momento, Anabel ya había dejado su cigarro y le estaba sobando los brazos en forma consoladora.

-Ahora debe ser fuerte, lo sabe, ¿no?-le dijo, alzando su cara para mirarlo directamente a sus ojos como perlas color miel. Esa mirada aguda, pero queriendo parecer cansada.

Alan se levantó. Se disculpó diciendo que debía ir a su casa y salió del cuarto. Bajó las escaleras.

Tomó un camión que lo llevaba directamente a la Capital y llegando ahí, tomó un taxi. Tan pronto estaba ya en casa de Angélica. Le preguntó sobre la funeraria donde tenían a su madre:

-Pero si apenas es... la 1:45.

-Si Angélica, pero quiero ver a mi madre.

-Oh hijo... Vamos, te llevaré... de todos modos yo tengo que ir, pero había regresado por...

-Vamos ya Angélica.

-Sí... como quieras hijo.

El Fleetline pasó rápidamente los boulevares y avenidas hasta llegar a un edificio blanco. Entró antes que Angélica siquiera bajara.

Su impresión era grande, al ver a la demás gente, personas que le sobrevivían a sus fallecidos. Vestidos en negro, y segregados en grupos de 4 o más personas. Parecían haber acordado no hablar, solo sollozar en silencio antes de prorrumpir sus desgarradores llantos y gritos. La vergüenza de hallarse en tales circunstancias, la negación tal cual. A medida que iba entrando, tratando de reconocer algún rostro, Angélica le dio alcance y le murmuró que lo siguiera. Obedeció y en ese momento se escuchó ese disonante y entrecortado grito. Parecía decir: "¡Esto no puede estar pasando!"

Finalmente cayó en cuenta sobre lo que sería su duelo. Ese lugar era el mismo purgatorio, no otra cosa.

Angélica entró a un cuarto, donde se encontraban dos sillones de cuero negro y una caja al fondo. Solo dos señoras de anciana edad murmuraban rezos, muy apartadas. Alan entró y no quiso siquiera llegar a pocos metros de la caja. Se detuvo en esa visión onírica. Se sentó y se recostó. Angélica le estaba diciendo algo, pero su audición parecía perderse en el tiempo, y así el tiempo mismo se perdía, y sus ojos extraviados en aquel cuarto tan inhumano, descolorido. Estuvo así unos momentos cuando Angélica le llevó una taza con agua. La rechazó y, guiado por una fuerza desconocida, caminó a la caja. Pudo, antes de tener un completo contacto visual, ver el perfil de su madre iluminado por la luz del cuarto. Una mujer morena de unos 61 años, recostada y apacible. Sus manos... aunque morenas, no eran coloreadas por el rojo calido de la vida en las palmas, sino que en su lugar había una piel queriendo cubrir una masa oscura, negruzca. Su mirada quedó pegada en esa visión, retrocedió sin emoción ni rictus característicos: solo sus lágrimas; sin embargo no las sentía. No sentía que estaba llorando, solo un dolor en su cabeza y el pensamiento de la nada: todas las cosas al mismo tiempo y sin poder detenerse nunca en ellas, como un auto que corre vehementemente en un barranco, pero sin llegar nunca al fondo. Los ecos de las cosas y las voces. Se durmió un poco.

Eran las 4:30 y participó del funeral. Aunque no quería seguir a la carroza, Angélica le animó y de muy mala gana aceptó. El jefe de la funeraria se le

acercó a Angélica y le dijo: "Hacemos las cosas con prontitud, bien, no se debe de preocupar." Y ahí iba, la carroza y el auto. El tráfico no se detuvo y por donde pasaban, quienes miraran con interés no faltaban. Llegaron al cementerio. Había ya más de 10 personas esperando. Alan salió del auto, seguido de Angélica. Se hizo el protocolo. Alan, en un principio, escuchaba con atención al padre, a pesar de que esas palabras de rezo las había escuchado antes, tomaban una dimensión diferente. Eran reales e hipócritas al mismo tiempo. ¿Qué le importaba el consuelo fantástico que proporcionara la Biblia en ese entonces?! Era un absurdo, la misma muerte. La caja descendió y le echaron tierra. Se sentó en una de las bancas cercanas. Las personas poco a poco se fueron yendo, a pesar de querer darle el pésame no pudieron porque él se encontraba con la mirada aún disgregada en varias partes. Como mirando dos cosas al mismo tiempo. Estuvo así hasta las 5:20. Angélica respetó eso, más bien fue discreta, y estaba a punto de irse cuando le preguntó:

-Alan, ¿te estás quedando en Colina Roja? ¿Alan?

-Si... te lo ha de haber dicho Flor... fue a consultarte ¿no?

-Sí, sí... bueno... te dejo...

-Angélica, ¿puedo tomar yo el auto?

-¿Perdón?

-Sí, te llevaré a tu casa... pero quisiera... poseer yo el auto. Se que era un obsequio de mi madre para ti...

-Ah... Alan, está bien.

La llevó a su casa y condujo en dirección a la casa de Flor, la que le habían heredado sus padres. Parecía que Flor le esperaba, pues estaba parada a la puerta. Volteó al auto negro.

Entraron y Alan le advirtió:

-Quisiera que fueras breve.

Flor esperó que entrara y cerró la puerta detrás de si y con fuerza.

-¿No deseas vino, té, café o algo, Alan?

-No gracias.

-¿Cómodo?

-¿Perdón?

-Olvídalo... En fin, quería que aclaráramos de una buena vez esto. Quisiera que me dijeras el verdadero propósito por el cual estás en Colina Roja...

-Ah- suspiró-, Flor, no puedo entender donde tienes la cabeza. Te había explicado que necesitaba tiempo...Aún no creo que...

Se detuvo. Iba a continuar cuando Flor le ganó la palabra:

-Me gusta más que no quieres estar conmigo. Que te... sofoco... como todos los demás.

Se sentó seria. Continuó:

-Mis padres, como te expliqué en la carta, no pudieron "atenderme". De cualquier modo ya veía venir eso y no sé porqué no repliqué mi derecho. En lugar de eso, como de costumbre, lloré inconsolable. No pude detenerme Alan porque pensaba solo... en ti. Por supuesto que a ti no te importa, pero estás en tu derecho, claro que sí.

Alan quiso replicar.

-Mi Alan... ¿Tu plan era no casarnos nunca verdad?

-¿Qué?

-No creo que hayas querido hacerlo. Es mi persona, ¿verdad? Simplemente no te gusto... me ves como una niña mimada.

Alan, que no se había querido sentar ni un momento, miró a la salida y quiso ir a ella. Le dijo fastidiado:

-¡Por favor Flor!

-¡¿Por favor qué?! Si no me querías en un principio, ¿por qué me aceptaste? ¿Por qué no me dijiste que era fea, o tonta o mimada? No soy así porque quiera... Sabes de mi entorno familiar, pensé que me ayudarías a sobrellevar mi...

-¿Tu carga?

-Exacto- dijo irónica.

Ambos se callaron. Solo sus frustraciones eran escuchadas. Sus respiraciones nerviosas o provenientes de la flagelación de sus cabezas.

-Ah... Tienes razón, itienes razón Flor!, soy la persona que te escucha, y no debería decir que la única, porque es obvio. Lo sé, lo sé, pero no... así no deberían ser las cosas... Tú ya eres una muchacha y, bueno, debes valerte de ti misma.

Flor no supo que decir. Bajó la cabeza. Balbuceó:

-Yo...ah... no sé...

Alan se le acercó y le besó la frente, pero ella le tomó de la cabeza, inesperadamente, y lo besó, apasionada... hasta que aquello tan vehemente se extinguió en un simple roce. Alan nunca le correspondió. Se irguió y comprendió lo que era no sentir algo cuando te besan. Era definitivamente un hecho para él: no sentía ni ápice de emoción por Flor, aquella bella muchacha. "¿Por qué?"

Salió de la casa aparentando indiferencia. Flor le siguió. Desde la puerta le dijo:

-iCamina lejos entonces, imbécil!

Él volteó. Había regresado a su mirada esa expresión de sonambulismo, de letargo. Estaba a punto de gritarle algo, pero unas personas ya se estaban dando cuenta y se regresó a ella y la sostuvo violentamente entre sus manos. Le dijo en una mezcla de susurros y frases entrecortadas con tonos más altos, sin discreción para con los vecinos a la escena en última instancia:

-iDime imbécil en otra ocasión! iiDime, a mí, imbécil, que bien lo tengo merecido, ¿no?!! iNo entiendes nada mujer estúpida, dado que no sabes que es un funeral! iLa cosa más horrible!... ino la conoces!... iNo la conoces!... iVi a mi madre recostada en una caja que no la dejará respirar porque lógico es que ya no vive!

Finalmente dijo en un arranque de furia e inconsolable llanto moribundo:

-iiMi madre está muerta!! iEs un cadáver y se la comerán los malditos gusanos!... iY ha dejado de existir!... iY no hay nada que pueda hacer!... Y todo aquello que son solo recuerdos es ahora basura sin ella... Y nunca pude quedar en buenos términos con ella...

Su sentimiento fue disminuyendo, hasta convertirse en una despedida elegante y perturbadoramente callada. Alan, sin embargo, poseía aún el dolor en su mismo seno, en el seno de su alma, con la misma potencia.

-Lo peor es, Flor, que aún y con todo no me entenderás... Y quisiera que por tu bien, tus padres pudiesen ponerte algo de atención, cosa que nunca has tenido realmente... Y quisiera que... no lo se... Y tenías razón Flor, no...

no podemos estar juntos por nuestro carácter...

Subió al auto. El Fleetline se alejó del lugar.

La figura de Flor, afuera, como esperando visita, parecía la misma que cuando Alan llegó a la cita con ella.

Capítulo 15

Anabel y Royd.

Ayer, precisamente en la noche, cuando Anabel despidió a Alan y Royd se sentó a hablar con ella en el jardín, esto se dijo:

-¿Me necesitabas para algo, Anabel?

-Querido... -dijo. Continuó sutilmente:

-Ambos trabajaremos juntos y somos un equipo y por lo mismo te lo digo. Respetaré si sobre eso no quieres decirme nada, pero me era necesario decírtelo ya que confío en que... somos amigos.

- Por supuesto que sí, ¿qué es?

- Pues, no sé como decirlo...

Aunque Anabel poseía tacto, era verdad que era un asunto probablemente delicado. Habría que ver:

- Dilo ya Anabel- decía Royd cuando encendía un cigarro.

- Se que tienes otro nombre Royd.

Él tosió. Casi se habría ahogado en su propio humo, pero lo disimuló bien y en lugar suyo, simplemente carraspeó indiferente:

-¿De qué hablas?

-Gustavo...

Royd bajó su cigarro a la altura de su panza. La miró y, sonriendo frustrado le dijo:

-¿Cómo lo has sabido?...

-No importa realmente, sino que...

-Oh, pero sí importa. Cuando nos instalamos aquí el primer día ahora recuerdo que tú fuiste quien acomodó las cosas, las tuyas y las mías: ¿revisaste papeles o algo mío?

-La verdad es que no Royd... lamento decir que fue debido a un descuido

tuyo. Quisiera que no te molestaras...

-¿Descuido mío? ¿Cómo?

-Cuando ibas a firmar los papeles para los muebles escribiste el inicio de una "G" y trataste de ocultarla con tu otro nombre, Royd. Lo vi porque debía revisar el papel...

-De hecho no debías, no te corresponde...

-Si te refieres a que estoy al cargo de la decoración de los interiores, tienes razón. Pero acordamos ser socios y ese particular era algo que también me concernía.

De cualquier modo, solo quería decirte que no te preocupes. Yo sé que viniste aquí por algo más. No creo que hayas recibido más de una sola vez el perfil del lugar. Te hubieras echado para atrás.

- Pues, ¿qué quieres decirme exactamente?

- Royd, temo lo que pienses hacer. Se que no me dirás, pero espero que lo pienses muy bien. ¡Temo por el lugar, aunque no lo he querido admitir!
¡Temo por ti y de ti!

-¿Por qué lo dices, querida?

- Ni siquiera me has preguntado como es que supe que con esa simple "G" eras Gustavo, pero me fue claro cuando hablaste tan detalladamente sobre la historia. Tantas coincidencias Royd... Quisiera saberlo, pero temo tu reacción... Royd, te suplico por todo lo bueno de ti: ¡piensa bien las cosas!

-¡Habla clara, por favor!- dijo, golpeando la mesa con su puño.

Anabel se contuvo en su espanto. Pronunció nerviosa:

- ¿Tú... mataste a Raquel?

- Mi Raquel- pronunció frustrado. Se toco su cabeza.

- No es algo de lo que quisiera hablar... mi querida.

- Inténtalo conmigo, por favor. La angustia... es terrible. Se que en dado momento uno llega a cometer... errores o decisiones que en ese entonces eran, para uno, necesarias o correctas. Mí querido...

- No quisiera que repitieras esto con nadie más. Esto quedará entre tú y

yo.

- Por supuesto, ni que lo digas mi Royd... Tú... tú puedes confiar en mí.

Royd, por favor, dime, háblame: eres mi amigo.

- Estaba fuera de mí mismo. No es algo que me enorgullezca para nada.

No puedo voltear para el pasado y buscarla ahí para pedirle perdón. Quise encontrarla aquí, Anabel.

- ¿Pero entonces crees en todas las historias, Royd? ¿No ves que te estás haciendo daño?

- ¡No entiendes nada Anabel! ¡Ella sigue en aquel lago!

Después de un momento, dijo sincero y con algo irreconocible en él: un posible llanto:

- ¿Sabías que una de las cosas que se dice sobre el lugar es que quien muere aquí, no tiene descanso?

Cuando todos ya habían subido, ambos se trasladaron a la sala. Permanecieron callados y mirándose todo el tiempo.

Capítulo 16

Melissa.

“Gracias a Dios”, pensaba ella, al haber encontrado a una compañera que no la hacía sentir un bicho raro. De hecho, esa compañera se sentía incómoda en tales circunstancias también. Era una joven delgada, rubia, divertida y perspicaz que tan pronto vio a Melissa, decidió acompañarle. Era la hija de un matrimonio importante. Hablaron sobre los días lluviosos ya pasados y que parecían querer volver. Compartían la aversión hacia la violenta urbanidad del lugar. En la comida como en la cena estuvieron juntas la una a la otra y precisamente en la noche fue que Royd ya les presentaba a todos a Melissa, Melissa Campbells. Eran, todos, gente muy distinta al sencillo porte que ella ostentaba.

-Ella es quien... fascinó a Anabel con su elaborado trabajo detrás de la máquina de coser... y el tejido manual.

-Por cierto, ¿dónde se halla madame Anabel? – preguntó más por protocolo que por interés, una señora delicada y que parecía un ratón blanco vestida en azul.

-Está trabajando en unos lotes, en la decoración ya lo sabe.

-Oh sí... su señor poseía, si me permite decirlo, tacto y talento menores para la decoración. Me parece que es uno de esos trabajos completamente femeninos.

-Oh, pero si a nosotros los hombres no se nos da eso de adornar un cuarto... detalles- habló un colega de Royd.

-Claro claro- dijo Royd.

Comenzó la cena y, muy vagamente, hablaron de los trabajos anteriores de Royd y se atrevieron, también, a cuestionarle sobre sus proyectos ulteriores.

La joven que acompañaba a Melissa le preguntó a ésta:

- ¿Así que trabaja ropa?

-Eh sí...

- Quisiera que me mostrara algo.

- ¡Claro que sí Ginny!... ¡Oh! – se tapó la boca. Se limitó a decir:

- Usted disculpe, señorita.

- No se preocupe... ¿le recuerdo mucho a alguien?

Melissa no quería seguir hablando de eso, sin embargo continuó:

-Sí, en la edad y... bueno, pues en su carácter.

- ¿Malhumorado? – preguntó divertida.

-Claro que no- sonrió-. No, es usted muy simpática.

-Y entonces... ¿quién es Ginny?

-Fue mi nieta.

-Oh, lo siento tanto- dijo, en verdad apenada.

-Sí, así es... en fin.

Esa joven, a pesar de todo, era muy impertinente muchas veces:

-¿Ella era alegre?

-Sí, siempre que pudo, excepto por sus últimos días.

-En verdad lamento eso... Disculpe, no sabía que ella enfermó.

-Pero si no fue así: ella desapareció de un día para otro. No podría explicar

el por qué... Y toda la familia supuso su muerte. Nada se supo de ella, nunca más.

Quedó en el aire la sugerencia de la esperanza de que ella estuviese viva.

La muchacha quiso decírselo, pero volvió a su plato.

Melissa pronunció:

- No te preocupes, no me causa ya tanto dolor... Aunque siempre sí quisiera saber a dónde es que se fue.

Capítulo 17

Una advertencia.

Eran las 7 con 6 minutos y para entonces ya caía una ligera lluvia. Adolfo, el cuidador, estaba enfilando las bolsas con flores muertas y ramas secas, finalmente basura, detrás de su choza. No la consideraba para nada despreciable, pero nadie más hubiera pensado eso al verla. Cerró todas las ventanas y se estaba preparando un café. Volteó a la pistola que había encontrado en la casa del 668: colgada junto a todas las llaves que poseía, se hallaba desapercibida, pero vestida en su color negro, el negro de la muerte, pensó cómico no sin antes sacudirse del frío que le recorría la espalda el solo acordarse de los muchos días en que estuvo en vigilia, después de haber hecho el hallazgo del cadáver de la señora Sue Wolf. Esa sensación de estar acompañado, volvía de pronto, pero claro era, pensó él, la remembranza.

Tocaron a la puerta. Dado el clima, aceleró el paso para abrir. Desplazó, cuidadoso, la puerta de madera y después miró al visitante, mientras se empapaba. Sus ojos se paralizaron por unos segundos eternos, luego de lo cual caminó hacia dentro de su casa, buscando, desesperado, la pistola sin recordar que hace momentos la había visto. La figura alta y negra entro a la casa. Se pasó hasta el comedor, luego de lo cual el cuidador dijo, alterado y con la pistola en sus manos:

- ¡¿Qué busca?!
- Lo busco a usted.
- Es... es... Usted es aquel que...
- Así es. Y usted es quien aquella noche husmeaba el 668. No debió meter sus narices desde un principio...
- Nunca quise hacerlo, entiéndalo bien... ¡Usted!- dijo él, apuntándole acusadoramente con el arma.
- Termine... – dijo la sombra negra, mientras se sentaba a la mesa y se arreglaba sus holanes. Poseía rostro humano, desde luego, pero su sombrero de alas algo anchas le impedía verlo.
- ¡¡Usted mato a aquella mujer!!
- Continúe, por favor.
- ¡No puede estar aquí! ¡Seguramente la mato porque ella hizo algo malo

pero no tiene que hacer aquí entonces!

- ¡Bingo! ¡Algo debió de haber hecho la muy puta!, ¿verdad? –dijo, golpeando la mesa.

Aferró aún más sus palmas al objeto. Disparó.

Su sombrero se perturbó, pero continuó aferrado a su cabeza

La figura parecía tambalearse por el impacto, pero no había sangre y las pocas gotas que se esparcieron por la mesa y hasta la ventana, coagularon y se deshicieron. Se tocó el cuello. Se quitó el sombrero y dijo, limpiándose la cara:

- Hace frío... siempre. ¿No tiene un poco de café?

- Ah... yo...

...

El señor Alfredo obedeció mecánicamente. Sus manos, luego de entrar a la cocina, soltaron inconscientemente aquel objeto negro e inservible. Sirvió su café negro y buscó, vehemente, el azúcar. "¡Sin azúcar, por favor!" gritó desde el comedor su terrible visita. Alfredo volvió con la taza y un manojo de nervios. Se la dio temblando. Trataba de contenerse, cosa imposible. Y parecía como si aquel otro se le hubiese secado su herida.

- Siéntese, hágame el favor.

- Claro claro...

Lo hizo.

- Está en tremenda desventaja y dada su experiencia pasada, ve en mí nada más que un monstruo. Entiendo que esté así de alterado y todo esto de las armas y sangre y viseras... muy innecesario. Dado que ya lo ha visto todo, solo recibirá de mí una simple advertencia, más bien una orden y deberá actuar diligentemente, y lo hará.

Tomó de su café, sin hacer caso de lo caliente que estuviese. Alfredo lo miraba estático, como mirando un fantasma.

- Entiendo que a... esas personas de la dichosa hostería no les dijera toda la verdad. Aquel que huía a nuestra presencia en el interior de la mansión era usted. Siempre sí entró a la mansión solo, y su curiosidad era su valor. En fin... – dijo, mirando sus manos pálidas y frías- no tengo compromiso en decirle nada. Escúcheme pequeño hombre, dado que entenderá su responsabilidad en todo esto, no hay más que decirle: tiene

que irse de aquí tan pronto como pueda. Quien le contrató desea dos de las llaves que posee. No sabe el inmenso poder que pueden tener, pero eso es decirle a una pared que entienda. Empaque sus cosas y lárguese. Colina Roja no es el lugar para estar. Se correrá sangre nuevamente y como mínimo debe salvar su pellejo. Aléjese, tome su dinero y váyase tan lejos como pueda. Nadie con quien haya hablado es una persona de fiar, ni siquiera yo, ya que a pesar de lo que piense, podría matarle para comer sus órganos, que es lo que más deja, pero no. No tengo el apetito suficiente. Como cuando y cuanto quiero y me alimento de lo que deseo. Nadie podrá perdonar mi naturaleza nunca así que ahogarme más en mi propia mierda no cambia las cosas sustancialmente.

Se levantó y estaba a punto de dejar sentado a Alfredo, cuando éste último pronunció:

- Ah...

- Ah sí, usted disculpe mi grosería: Leonard, pero puede llamarme Víctor-le dijo, cuando le extendía la mano. Alfredo no le despidió en ninguna forma.

- Bueno, yo podría disculparle eso... Recuerde dejar el llavero... -se puso su sombrero.

Antes de que se saliera, cerrando la puerta detrás suyo, dijo: Adieu.

Capítulo 18

Richard.

I

El auto negro de Alan pasó rápidamente la ruta 3 y dio vuelta a la izquierda. Dentro de él, Alan ya había tomado algo de una de las dos botellas de vino blanco que se golpeaban debajo de su asiento. La terraza despedía, como siempre, la polvareda espesa. Del humo aparecía de pronto una figura negra y grande que se detenía en frente de la hostería. Alan, al cabo de un rato, salió de aquella bella pieza metálica negra. Miró a su reloj: 6:32. Entró, abriendo cuidadosamente el portón y luego la puerta. Anabel bajó rápidamente y se lo encontró:

- ¡No debió irse así! ¡Mire como se puso el día!
- Discúlpame... Tenía algo que hacer.
- Bueno, pues sí, entiendo entiendo, pero debió avisarme siquiera con anticipación que saldría. Vaya coincidencia que usted, Royd, Melissa y Lunch con su amiga, hayan salido.
- Y por lo que entiendo, todos a la capital.
- Si usted fue, entonces sí. Lo peor es que me haya dejado con tan mal invitado: Richard. Se la pasa encerrado en su cuarto, leyendo quien sabe cuanta cosa. Por suerte pude distraer mi atención a la línea. Dijeron que fue fácil.
- ¿Así que sigue arriba?
- ¿Quién? ¿Richard? Así es... tuve que comer con él y nunca me platicó gran cosa. "Hablamos largo y entendido, vaya que sí."
- Vaya, no sea irónica: no sabe como expresarse y rara vez ha de confiar de sí mismo.
- Pues sí- dijo ella sin entender-.

Alan: ¿no quisiera una taza con café, té o algo más... elaborado?, ¿no quisiera jugar algo de mesa, afuera, al jardín?

- Perfecto. De hecho, yo aportaré lo "elaborado".

- Oh, tráigalo entonces.

Alan regresó al auto y sacó sus dos botellas. Entró y, emocionado, se las dio a Anabel:

- Instálese en su jardín, yo iré al baño.

Subió y entró al baño. Al salir, tocó la puerta del cuarto de Melissa. La abrió con cautela, pero solo unos centímetros. Vio un cuarto con las cortinas cerradas y unos dos libros debajo de uno abierto. Dos de ellos tenían pasta de tela color rojo y uno más, verde. Se escuchó un grifo: era Richard que estaba dentro del baño particular. Al salir, se acomodó en la mesita de estudio que se encontraba al pie de su cama y no notó en ningún momento a Alan. Éste estuvo viéndolo hacer la operación de estudiar, después de lo cual tosió:

- ¿Quién? ¡Ah!

- Sí. ¿No quieres jugar dominó, damas o algo más... tomar vino blanco, eh?

- Pues... -volteó a sus libros, iluminados debajo de la cálida lámpara de la mesita- La verdad es que si me gustaría, pero debo de acabar esto... por si me voy a dedicar a trabajar y quiero terminar esto para...

- Bien bien, ya entendí. Buena tarde entonces.

- ¿Qué tal te fue... con Flor?

...

"Perfectamente".

Alan sacó su cara del cuarto y cerró.

II

Anabel y Alan la habían pasado bien, como siempre parecía pronosticarse. Jugaron varias veces las cartas y perdieron y ganaron casi aleatoriamente. No se habló de ninguno de los miembros de la casa y solo se hizo una pregunta antes de continuar en su entretenimiento: ¿Así que ya hay teléfono? La respuesta fue afirmativa además que se agregó: Fue fácil, según dice, dado la antigua línea antes instalada. Fue un acuerdo silencioso entre ambos. Cada vez que Anabel parecía pronunciar algo

como: "Ah... ¿está... " Bien, queriendo decir al final, se quedaba en sus labios solamente, en aquella punta exquisita. Alan pensaba, a propósito, en aquel detalle tan sutil y provocador igualmente. Las últimas veces que jugaron, a él parecía siempre distraerle la idea: los labios de Anabel, de una mujer, de esa mujer... perfecta. Trataba, entonces, de comprender el por qué de su poca atracción hacia aquel par que continuaba, seductor, hablando y riendo y humedeciéndose como a propósito.

Richard, por otra parte, lejos de la escena, continuaba en su cuarto, escribiendo las últimas sentencias del día:

Siente la calma de mis hombros, por lechos tuyos, una almohada, y al mismo tiempo, el torrente que anima furioso mi corazón, en tu propio pecho, que su causa eres tú. Tómame en tu ser, que ése ufano querer tuyo (Flor) salga de tu pensar y me pienses mejor a mí...

Le fastidió la idea de no poder acabar, siempre le sucedía. Se ruborizó al pensarlo un poco, luego de lo cual regresó la tristeza en su cara que le daba una impresión aletargada. Era la frustración de su vida: él se sentía triste, dado sus veintiún años en soledad, y las personas más bien se reían de lo gracioso de su aspecto, haciéndole pensar en lo gracioso de la situación que sin quien compartirla, solo la volvía patética.

III

El reloj de pared de la cocina marcó tres veces las 9 en punto. Ya para ese entonces el teléfono sonaba insistente y Anabel subía en carrera a su cuarto. Decía: "¿Sí?... Querido... Así es, llegaron esta tarde... Bueno- dijo, luego de un rato-, era lógico que sucediera... No exagero Royd, tiene buenos trabajos... Bueno... Bien, se lo pasaré..." Tapó el auricular. Gritó: ¡Richard!

Royd, desde el otro lado, dejó a Melissa al cargo del teléfono:

- ¿Está todo bien allá, hijo?
- ... Sí abuela, así es... ¿Qué tal allá? ¿No dijiste que no pensabas ir?
- ¡Ah pero está todo bien!... No te puedo decir que me gusta completamente, pero en el hotel no hay gran revuelo o entradas y salidas, no por lo menos en la parte en que estamos...
- Ha de ser eso, abuela. ¿Has... vendido?
- Hijo, te diré: estas personas son de lo más amables... Y por el motivo que le encuentres, les han interesado mis trabajos... les he mostrado

algunos durante la cena... los demás se encuentran en la maleta, dentro de mi cuarto... ¡Ah! Me hice de una amiga... ¡Cecilia se llama la chamaca! Muy simpática... Hijo, parece ser una buena muchacha, es dulce y nada elitista... Deberías...

- Abuela, ¿qué tal el día? ¡Parece que no va a dejar de llover!

-... No, parece que no...

- Buen día abuela...

- Buena noche dirás... Descansa y ya no leas tanto...

Richard rió. Le pasó el teléfono a Anabel.

Richard ya se iba, cuando antes de entrar al cuarto, Anabel le dijo:

- Richard: deberías de salir un poco...

Al cabo de un poco, dijo inconsciente pero más intencionada que nada:

- Alan necesita de tu compañía... Creo que amaría la idea de que fueran amigos... ¿no?

Anabel bajó para tomar lo último de su café para luego irse a dormir: estaba cansada y no era su costumbre dormir temprano.

Richard entró y salió aprisa del cuarto, ya con una hoja en mano. La dobló y se la metió en el bolsillo.

III

Richard bajó y vio a Anabel subir, cuando pronunciaba "Descansen... "

Desde afuera, en el jardín, se escuchó: "Buena noche, Anabel..." Richard caminó hacia el lugar. Salió a él, al fresco proporcionado por una lluvia de hace unos momentos y Alan estaba fumando. La lluvia había cesado y en lugar suyo, caía gotas ligerísimas como el rocío. Alan no se dirigió a él, sino más bien caminó a dentro, a la sala, a seguir bebiendo. Ya estaba alcoholizado y cuando pasó cerca de Richard, indiferente, éste se sintió mal. Decidió no hacer caso y se sentó en la mesita, pero al sentir lo frío y humedo de su asiento, prefirió entrar, habiendo solo dos opciones: o regresar a su cuarto, o sentarse en la sala o a la mesa, como listo para

cenar.

- ¿No has cenado?

Richard se sentó. Dijo:

- No... he estado...

- ¡Ah, sí! ¡Escribiendo!... Lo siento, te olvidamos por unas... horas- dijo, mirando su reloj-. ¡Vaya! Oye, deberías decirle que te prepare algo el... muchacho éste de la cocina...

- ¿el cocinero?... ¿aún está aquí?

Alan rió. Dijo:

- ¡Sí!... el cocinero, ese mismo... vaya... Ha de estar en su cuarto, el cuarto de visitas...

- Pero si este no es un hotel, te refieres más bien un cuarto común.

- Preciso, jovenzuelo... preciso... pre... ciso... -dijo, imitando exageradamente a un borracho-

- No te hace falta...

Alan no respondió. Siguió bebiendo y cabeceando de vez en vez.

Richard se dirigía arriba cuando al volver la vista, Alan ya se encontraba saliendo del lugar, dirigiéndose afuera, cruzando el pasillo de losa, virando a la derecha. Richard, asustado, le siguió.

Capítulo 19

Los primeros episodios amorosos.

I

- ¡Tú y ella son tan parecidos!- decía Alan, que caminaba tambaleante en dirección al lago-. Su estúpida osadía, tan tercos. Ustedes, los jóvenes no se detienen ante nada ni nadie cuando "el amor" es lo que les importa.

- ¿No eres joven ya?... De cualquier forma, los jóvenes somos así. Yo, sin embargo, soy un cobarde...

- Flor necesita a sus padres. Se supone que quedamos en algo, definiendo nuestra relación hoy mismo. No pude decirle nada que no sonara a pura... paja. ¿Qué puedo hacer para no dañarle? No la amo...

- Entonces no seas tonto. Detén tu drama, idebiste aclararle que no la amas!

Alan replicaba silenciosamente:

- Yo en cambio... Los adultos somos maduros y sabemos lo que es correcto.

Comenzó a alzar la voz:

- Yo tengo la perfecta lucidez para decirte que... decirte qué está mal en su vida. ¡Sus estúpidos padres! ¡Parece que no fuera su hija! Nosotros, Anabel y yo, sabemos de las cosas de la vida... Tú, en cambio... te diré que está mal: no haces nada para amar a alguien más. Ya me lo dijiste, bien dijiste... es lo que te diferencia de los demás: conoces tus virtudes y defectos.

Ya se encontraban a la orilla del lago, en el claro formado.

- ¿Algo más que abones a tu beneficio, adulto?

Alan entró precipitadamente al lago y resbaló. Tardó un tanto en levantarse, ya empapado, mientras Richard ya acudía a ayudarlo.

- ¡Borracho patético! ¡Levántate!

Alan resbaló de nuevo, un poco más, pero fue sostenido por los brazos del

joven Richard. Alan dijo:

- Abonaré esto a mi beneficio: te gusto, ¿a qué no?

Richard, contrariado, se alejó lo más que pudo de su rostro, pero Alan le alcanzó y tocó sus labios, presionándolos con los suyos varias veces. Richard perdió el aliento, quedando estático. Richard, con un esfuerzo, físicamente mínimo, se apartó de su cara. Lo arrastró hasta la orilla y Alan lo empujó con fuerza a la orilla, haciéndolo caer. Alan se rió, mientras trataba de sentarse.

- A que no lo veías venir.

Richard trató de volver en sí, sin hacer esfuerzo por levantarse. Si lo hizo, fue más en un estado de sonambulismo. Se dirigió a Alan y miró las expresiones de su cara, ruborizada, hinchada, se detuvo en su pronta conducta para actuar responsable en vez de aprovecharse de la situación, con aquel en ese estado.

- Vamos, levántate.

Le estrechó la mano y se estremeció un momento, antes de ayudarlo. Continuó, diciendo:

- Anabel no puede verte así. Entiendo que te hayas puesto así, que te comportes así por tu Flor.

- ¡¡Tú no entiendes nada!!

- Es cierto, lo siento.

Se lo llevó, como pudo, de regreso. Trataba de callarlo. Le musitó:

- Por favor Alan, tratan de caminar, camina, ve mis pasos.

- Nunca me había puesto así... ¡no me hables como si no tuviera conciencia! – lo empujó riéndose después. Subió las escaleras, pero estaba haciendo ruido, así que Richard lo alcanzó y, sentándolo en uno de los escalones, le quitó los zapatos.

- ¡¿Cómo es que no puedo amar a una mujer tan bella y desconsolada?!

- Vamos Alan.

II

Entraron al cuarto de Alan y Richard quiso colocarlo en su cama, cuidadoso, pero no pudo.

- A... Alan...

- ¿Sí?

- Olvídalo.

- Oh, no lo tomes tan serio. Estabas sufriendo y quise que lo dejaras, que te olvidaras un poco de lo malo que sientes. Ya pasó, no te preocupes, un beso no hace mal a nadie. No le diré a nadie- dijo, bajando el tono de su voz.

Después de esto, Alan cerró sus ojos. Antes de que Richard se levantara del borde de la cama, le detuvo del brazo:

- Espera así un poco ¿quieres?... Me mareo cerrar los ojos y no tengo con que apoyarme.

- Perdóname, pero no sé como actuar.

Se refería a que nunca había tratado a una persona alcoholizada, ni aún en su vida estudiantil, pero eso último que dijo se le quedó en los labios, como no queriendo desprenderse, y quedó en el cuarto semi- oscuro, en su palpitación y en su mente. No sé como actuar. Porque eso era lo que siempre había temido Richard, sobre sí mismo, más que nada: su preferencia sexual, como la llaman. Y ahí estaba Alan, sosteniéndole del brazo, pronto, de su muñeca; fuera de sí y esperando un consuelo en aquella noche que pronunciaba la soledad; acostado su rostro moreno y su belleza serena, como bien lo pudo decir Anabel; vestido en elegancia, pero con el cuello deshecho y la camisa abierta en uno que otro hueco. Su serenidad. Su madurez no opacada por el alcohol bebido. Eso último enfatizaba, más bien, sus anhelos por estar con alguien que no fuese Flor.

Richard estaba temblando de nervios y, como pudo, salió del cuarto. Bajó rápidamente los escalones. Se dirigió al jardín y se sentó en una de las sillas. Estaba diciendo quedamente:

"No entiendo... no entiendo nada. Ha venido aquí a molestarme, es todo." Un beso es nada, pensó irónico, pero luego, mintiéndose a sí mismo, dijo:

"Tiene razón, tiene razón... no es algo de relevancia... Pero aún así..." Se

tocó los labios con sus dedos.

“Irónicamente... tal expresión provoca el ardor más pudoroso e intenso en mi pecho. Ahora sé que... Siempre supe que no debía reprimir tal deseo. Me he vuelto incapaz de sentirlo... de entrega...

Deseo su calor humano expresado en esa simpleza, pero no aparto ni hecho de menos las causas que me juzgan. No puedo, pues será la historia de mi vida y aún suene tal, no tiene por qué ser un drama. Así es, no tiene por qué serlo. ¡Debería ser él el apenado, el avergonzado! Y ahí está, con su indiferencia, pero alentándome a corresponder su absurdo beso. Aquel que... me estremece. Sueno demasiado infantil, ¡no debo!, mi causa es hacia las mujeres, ¡no hacia él, eso nunca! Esas son las cosas que me juzgan. El desafío es, ahora, entregar un poco de mí a un sentimiento malvado, o alejarlo como algo estorboso y sin importancia, aunque esto me envenene poco a poco, como me he estado envenenando poco a poco todos estos años. Podría estar así para siempre, esa es la incertidumbre de la soledad. “

Regresó con decisión a la puerta del cuarto de Alan, pero su temple se desmoronó una de tantas veces. Entró y al primer paso dentro del cuarto, supo que sería extremadamente difícil. Era pisar, nuevamente, en terreno peligroso... No supo, entonces, cómo caminó hacia él y, aprisionando su mano derecha con las suyas, le dio un beso largo en su palma. No despegó sus labios en un tiempo considerable. Un beso respetuoso, caballeroso. Una expresión noble y poderosa. Richard respetaba todo el ser de Alan, sin excepción de nada. Eso expresaba que, más que nada, nunca le haría daño y que siempre, a través de los evos, lo aceptaría siempre en su corazón. Si por él fuera, no sufriría nunca más, entregándole el amor que su corazón ha querido entregar, desprenderse tan pronto de él como pueda ya que se pudre. Desde que descubrió, por iniciativa propia, la belleza de la que son capaz las personas, sin importar su edad y, especialmente, su género. Eso era, para él, la justificación más poderosa para destruir definitivamente aquella parte acusadora que su religión le reprochaba duramente. Era su bandera, que trataría de sostener por su propia cuenta aunque se le apedreara y quemara y pisoteara tan despiadadamente. Y además, aunque detestaba los defectos propios de su generación, ciertamente defendía las “vaciedades” que la juventud manifestaba. Aquellos flirteos que juegan con la vida, tanto así como el regocijo de los pájaros en agua fresca frente a un día soleado. Un vuelo vertiginoso y lleno de júbilo, en el que se aventura la juventud decidida. Un vuelo peligroso por igual. Pero Richard lo sabía, que a pesar de todo lo que se le acusara a sus contemporáneos, debía aprenderse de su vitalidad, de la importancia que nosotros tenemos hacia la pasión por el amor, que nos han enseñado desde el seno familiar, es lo más importante.

Salió del cuarto y entró al suyo. Alan, en ningún momento, pareció darse cuenta.

III

Richard, por segunda ocasión, y ya en su cama, volvió a oír aquel ruido en la cocina. Esperó un poco antes de averiguarlo. Bajó y para entonces, Alan estaba en la entrada. Alan le preguntó la causa por la que estaba solo. Richard pareció no escuchar y Alan le volvió a preguntar.

- Es que nadie lo ha de entender en sus pequeñas cabezas de gusano. Sus vidas son difíciles también, pero pueden vivirlas. Tienen el propósito que es el amor, un amor presente, de los recuerdos, uno potencialmente suyos. Se fundirán en ellos, cada vez que quieran y tanto como puedan. Y nada... nada hay para mí... nada hay para mí- dijo, convencido, sin importarle ya la escena que parecía estar haciendo-. Lamento que te diga esto, Alan, pero aunque mi madre o algún familiar mío no ha muerto, yo sí. Debo saberlo y estar conciente de ello porque lo he platicado tantas veces en mi mente... es algo que ya tengo presente... ya no me interesan las cosas.

- ¿Qué estás diciendo?

- Ah, vaya... no lo entiendes, por supuesto- musitó para sí.

- ¿Disculpa?...

- Yo quisiera que el... interminable drama acabara. Debo ser muy dramático ahora mismo, pero es como si yo estuviera muerto en vida, ¿entiendes? Mi cerebro, mis pensamientos, no los soporto... no guardo calma en las noches y tardo mucho en conciliar mi sueño. Tardo... tardo tanto.

Lo miró.

- No puedes entender dices... itú no entiendes!, pensé que... - se detuvo

Se había dado cuenta de sus palabras. Le volvió a mirar, irritado. Estaba agitado. Tanto quería decirle lo que pensó desde el primer momento, el primer día... tantas ansias. Tanto coraje y ardor en su pecho. Su corazón parecía trabajar al máximo. Sintió náuseas, se sentó en una loza. Sus ojos, él no podía aguantar más aquel dolor que viene por la represión de los sentimientos.

- Desearía que...

...

- Alan: olvida lo que he dicho. Discúlpame, ha sido un acceso tonto. Nada me pasa... yo... yo... Resolveré mi situación Alan, olvídalo-dijo, levantándose.

- No te preocupes, todo puede resolverse.

- ¡Todo!- dijo Richard, sarcásticamente, riendo-. Tienes razón, todo. Me ves actuar estúpidamente aquí.

- No quise decir eso, Richard, es decir... encontrarás a alguien.

- Pero no alguien como tú...

...

- ¿Qué?

- Ah... sí, que nadie podrá encontrar a alguien tan perfecto... caballeroso como tú. Y las mujeres...

- ¡Olvídate de ellas! Creo que me estás diciendo algo aquí, ¿no?

Richard pareció bajar la mirada. Inconscientemente le estaba diciendo todo a Alan. Él le abrazó por detrás. Richard empezó a soltar su llanto. Se contenía bastante bien. Dijo:

- No lloraré, no... porque no significa algo en la vida de nadie. Es mi dolor, es mi estupidez, es mi problema. Eso es, mi tonta cabeza... no pretendo nada desleal, pero cuantos deseos tengo de abrazarte y de... besarte y... Pero cuando estemos juntos... esa dicha se irá al menor soplo. La fría sangre, la muerte nos acabará, y si tú mueres, cuando suceda, entonces no tendré deseos de vivir, que es lo que me falta. Si tú mueres, cuando suceda, no podré vivir, porque es lo importante de las cosas... no quiero estar apegado a esto...

Alan le abrazó todavía más fuerte. Le dijo, sonriendo y cómico:

- Apegado a mí... con "esto" te refieres a mí, ¿verdad?

- Escucha lo que digo- exclamó, enojado-. Entiende que no podemos... que...

Richard no podía más y Alan sentía sus latidos. Richard se volteó a él, le tomó de la nuca y, con violencia, lo acercó a sus labios. Sufrió un leve trauma cuando sintió que él también le correspondía. Estaba besándolo y a Alan parecía no molestarle. Acabó de tocarlo así, ahora él lo abrazó.

Alan se inmovilizó. Quiso desbordarse, en lugar de ello quedó inmóvil.
Richard le susurró, desesperado, antes de soltarlo:

- ¡¡Quisiera que esto fuera posible!!... ¡¡Quisiera que no hubiesen trabas!!
¡¡Pero ya vez que nunca estaremos juntos!!

Finalmente, obligándolo a mirarle directo, Richard agregó:

- ¡Desde que te vi te he amado con locura!

De los ojos de Alan salieron solo un par de lágrimas. Richard se alejó...
Entró a su cuarto.

Capítulo 20

Pues había cierto ambiente, ¿entiende?- comenzó diciendo Isabelle, luego que le preguntaron-. Comprendió, comprendimos que debíamos hacer lo mejor, pero debe saber que nos ponía en peligro al dejarnos ahí un día más. Por supuesto que pudimos hospedar en otra parte, pero el mismo hecho de conseguir las llaves era un objetivo particular y por tanto... y por tanto era algo ambiguo en nuestra percepción. Lo que quiero decir es que debíamos tomar una decisión con premura. Quisimos apurar la empresa de... destruir el lugar, pero eso era una situación en la que particularmente no quería estar. Terminamos por alejar los ojos curiosos... es decir, alejar a aquellos empresarios... destruir su hostería.

- Si sí claro... Perfectamente... Pero, ¿por qué lo decidieron? ¿Qué les hizo cambiar a esa estrategia?

Isabelle lo hubiera pronunciado más precavida, pero Lunch dijo golpeadamente:

- El asesinato de una persona. Las cosas que siempre suceden iban a comenzar... Nuestra decisión era la mejor...

- ¿Sabe- dijo aquel señor barbón, mientras apuntaba algo en su libreta- qué sucedió con el cuerpo?

- Con Richard- dijo Isabelle.

- ¿Disculpe?

La persona que murió se llamaba Richard. Era un joven que...

- Bien. ¿Qué sucedió con él, Lunch?

Pues no sé... ¿Pero qué importa si murió tan misteriosamente?

- ¿Así que fue asesinado misteriosamente? ¿No reconocieron a la persona?

- No.

Lunch le empezó a decir todo lo que había sucedido, hasta que el señor les dijo a ambas: Pues hemos perdido la pista de las tres llaves, por lo que nuestra empresa queda inconclusa nuevamente. ¡Fue una tontería hacer tantas juntas! Pueden retirarse. Cuando se marcharon, entró a la oficina uno de los investigadores, encerrado en su gabardina. Dijo: el señor Adolfo no pudo planear todo. No pudo llevarse las llaves consigo, simplemente; me gusta que trabaje para alguien. Piense señor. Hay algún

elemento que no conocemos aquí. Un factor.

Cuando salieron del edificio, Isabelle trató de explicarle el motivo de su ida, de no volver a verla y de perderse para siempre. Anunciaron un tren, cerca de la central. Dijo:

- Ninguna podrá vivir con esto. Por mi parte es todo... Adieu.

Capítulo 21

Los últimos episodios amorosos.

Entreacto.

Alan entró a su cuarto. Caminó cauteloso a su cama y acercó su rostro al de Richard. Él despertó y al mirarlo, se asustó.

- Tonto...
- ¿Qué haces?
- ¿Qué parece?
- ¿Puedo dormir contigo?
- ¡¿Qué?!...

Richard pareció calcular con la vista las proporciones de la cama. Dijo:

- Adelante... ¿Sigues... mareado?
- Borracho dirás... y sí...
- Bueno... duerme entonces.

Richard pareció volver a su sueño, pero se ruborizó al sentir una mano tocarle la cintura. Sintió calma y la tomó.

- ¿No quisieras hacer algo más?
- ¿Pero qué dices?, ya duerme.
- No tengo deseos.

...

- No lo hagas entonces.
- Tengo solo un deseo...

Su mano soltó la de Richard y recorrió su vientre, bajando cada vez más.

- ¡Detente! ¿Qué haces?
- Simplemente que me han entrado las ganas de tener sexo. ¿Es mucho pedir? ¿Muy escandaloso?
- ¿Así que es una cuestión de pedir?... Creo que me siento usado...
- Vamos Richard... Sé que lo deseas también...
- Pensé que... tenías cierta decencia...
- ¡Por favor! ¡Te mueres por acostarte conmigo!
- ¡No precisamente! ¡Suéltame...

Alan comprendió. Se levantó de la cama. Le dijo a Richard:

- Entonces acompáñame... Camina conmigo... Eso no es grosero ni irrespetuoso para ti, ¿verdad?

Alan salió primero de la hostería y Richard entró, antes, en la cocina. Algo le llamó la atención y se lo guardó celosamente.

Recorrieron y pasaron por la casa del cuidador, Adolfo. Llegaron al cementerio. Caminaron por un lado suyo. Alan le hacía preguntas como: ¿En realidad no has... estado en intimidad con un hombre?

A lo que Richard respondía: No, y no lo creo necesario.

Último episodio amoroso.

Estaban sentados en una lápida. Richard le dijo, sincero:

- A mí no me importa tanto eso... No es para mí tanto como para las demás personas...
- Aunque es una necesidad...
- Sí bueno. Pero es algo trivial para mí. Creo que me llenaría el que alguien me amara... pero luego soy tan extraño que quizá me deprima más...

- ¿Por qué?

- Ya te lo he dicho... Es algo tan puro que no debería acabarse con la muerte, que es tan imperfecta y que siempre muestra un espectáculo.

- ¿Qué piensas de la muerte? ¿Qué crees que haya después?

- Alguien escribió... que es la libertad. Que todo nuestro ser, los fluidos y demás, se transforman en tierra y es la manera en la que somos libres, al ser parte de ella y ser el último destino del hombre. Casarse con ella... pero bueno, es solo lo que piensa alguien... Yo no sé que creer. Quisiera creer en lo precioso que predicaban por cielo... pero francamente parece un cuento infantil y feliz. Como un castillo en las nubes. No creo que sea tan simple...

- Si... cuando te... Cuando murieras, ¿quisieras que te enterraran en caja?

- No, ¿para qué? ¿Qué le ven de bueno en decorar a un muerto? ¿Qué elegancia puede haber en la caja y cortejos fúnebres, y ropa, y demás, si aquello que esté en la caja ya no es, en ningún sentido, la persona que fue. A eso ya no se le puede amar. Se le respeta, porque es el cuerpo de una persona, pero aferrarse a él es aferrarse a un fantasma. Si muero, quisiera, con todas mis fuerzas, que me enterraran sin caja... en contacto con la tierra. Que mis pulmones se llenen de tierra.

Alan...

Richard lo tomó por sorpresa y aquel beso se extendió. Luego fueron pequeños roces.

...

- Alan... - le dijo, sacando algo de su bolsillo.

Alan retrocedió, con un terror en sus ojos.

- ¿Qué... ¿Qué has traído Richard?

- Lamento que tenga que acabar así, Alan... pero no puedo permitirte que ames a un hombre. Ambos sabemos que está mal. Le debes tu amor a alguien más... Aunque muera por tenerte, nunca será así y más bien parece que solo nos gustamos.

- Richard- intentó acercarse.

- Por favor Alan... solo vete. ¡Aléjate para siempre y ya!

- ¡¿Y qué harás eh?! ¡¿Te matarás y ya?! ¡¿Te has vuelto loco?! ¿Qué más quieres si te quiero?

- Entiende que no podemos estar juntos. Nunca será así. No es un sentimiento sano, no lo es...

- Pero tu mismo te contradices...

- Quisiera defenderme, Alan, pero no tengo ganas ni fuerzas para llevar una relación que solo se vivirá a escondidas y con un temor constante. Solo vete ya.

- Richard.

- ¡Vete! – le dijo, amenazándole con el cuchillo.

Alan no supo como es que le obedeció. Sentía, dentro de él, que no sería capaz. Podría querer hacerlo, pero no tenía el suficiente coraje o estupidez para llevarlo a cabo. Con esa convicción se quedó y quiso regresar, pero convino en que era mejor dejarlo solo para que acabaran esos deseos que cargaba en ese momento.

Alan regresó a la hostería y se encontró a Anabel despierta.

Capítulo 22

Conclusiones

I

Siendo ya casi las 3 del día siguiente, Lunch e Isabelle continuaban su plan. Caminaban cautelosas. La maleta y un bolso negro muy pequeño era lo único que en aquel momento llevaban. A Isabelle le aterraba la idea de los explosivos en la maleta, más aún cuando a su compañera no parecía importarle o ignoraba que hubiera personas. No parecía una desalmada, pero decidida; ya tenía pensado todos los elementos. Les extrañó que la puerta estuviera emparejada, aunque el portón si estaba abierto. Entraron. Lunch se preparó y comenzó su tarea. Cuando acabó de instalar todo, esto le murmuró a Isabelle: "Pronto saldremos de aquí, no te preocupes." Ella no le contesto y más bien la miró acusadoramente.

-¿Qué?, cuando acabemos aquí... Solo falta el 668 y... ya.

Pero la forma en que pronunció eso último era lo esperado y temido por su compañera: determinada, grosera más bien. Isabelle se exaltó al pensar que significaba que no se avisaría a nadie dentro del edificio.

Anabel se acomodó, volteándose al otro lado de su cama.

Isabelle dijo para sí, antes de atender a Lunch: ¿Y ya?... ya... ¿y ya?"

- ¡Isabelle!- musitó exasperada-, venga conmigo...- dijo, señalando a fuera.

- ¿A dónde? ¿Para qué?

- No creo que estemos solas.

- Por supuesto que no, ¿pero qué dice?

- No tonta, es decir, alguien más anda cerca. Aquí.

- ¿Qué dijeron del señor Adolfo?

- ¡Que se ha ido! ¡Ya le dije!

- ¿Cómo pueden decir que se ha ido, si no hay contacto alguno con él?

- ¡¿Qué le importa Isabelle?! ... Ellos son quienes saben. Lo pillarán.
- Sea escéptica y piénselo bien Lunch: ¿cómo lo pudieran haber sabido?

Lunch le hizo un aspaviento, como fastidiada de lo que decía. Dijo después:

- De cualquier modo, sabe que estamos seguras- se palmó el bolso negro.
- Ajá.

Pareció oírse un grito ahogado, como a consecuencia de un sollozo desesperado. Luego nada...

... El silencio

Se miraron. Se dirigieron a la pista: cerca del cementerio.

Anabel pareció despertarse, como dubitativa.

Avanzaron. Los pasos de Lunch eran más pensados que los de Isabelle, quien iba como hipnotizada. Las siluetas de la escena se hicieron más notables, como sombras encerradas en una espesa neblina. Lunch sacó el arma. Se detuvo un poco, luego continuó caminando hasta que, a poca distancia, se detuvieron ambas: allá, en aquel claro, entre el bosque y el cementerio, yacen dos hombres; uno más alto que el otro y éste, con gafas. La figura alta parece desvanecerse, en aquella confusión de texturas grises y oscuras. La otra persona descendió al suelo. Se acomodó y comenzó a retorcerse de dolor y a gritar reclamos desgarradores hacia la vida, sobre el amor. Como una terrible disertación que cantaba, a distintos tonos y tiempos, los males espirituales que presionaban con horrible fuerza, su frágil ser, como queriendo destruirlo en vehemencia.

Lunch tomó a Isabelle de su brazo y se la llevó lejos.

- ¡iLunch!! ¡Necesita ayuda! ¡Pobre, debemos llevarlo, debemos llevarlo!
- ¡No hay nada que hacer y ahora cállate!
- ¡Suélteme! ¡No puedo creer que esté yéndose así como así! ¡Por Dios, Lunch, que hay una persona muriéndose ahí!
- Acaba de ver algo que no volverá a ver en su vida, Isabelle...
- ¿ Y eso que se supone que significa?

- Nada querida, nada... Ahora camine.

Isabelle forcejeó un poco hasta que Lunch le soltó. Después de reponerse un poco en su impresión, dijo:

- Regresaré Lunch... ese muchacho necesita ayuda.

- ¡¿Pero qué ayuda ha de necesitar, mi querida, cuando su pecho ha sido atravesado por el filo de un cuchillo?

Isabelle quiso regresar, pero Lunch le retuvo, diciendo:

- Quédese conmigo, por favor Isabelle: no haga esto más penoso

Le apuntó con el arma.

Sopló un viento frío.

Caminaron de regreso a la hostería. A la entrada, se encontraron con Alan que escapaba de los reclamos de Anabel, diciéndole detrás suyo algo como: "¿Por qué no pueden amarse ambos, como la gente demás? Él te quiere y basta..." En ese último instante, se detuvo al ver a las dos señoras entrar. Vio la pistola cuando Lunch se acercaba a Alan y Anabel:

- ¿Qué dice Srita. Anabel?

- ¿Qué sucede, algo malo?

- Contésteme a mí primero: ¿Hablaban de Richard, no es así?

- Pues... sí, así es...

- ¿Qué ha sucedido?- preguntó Alan, preocupado.

- Claro que sí, debía ser usted el interesado...

- ¡¿Qué ha pasado Lunch?!- preguntó nuevamente, acercándose a ella, en tono de confrontación.

- Apártese de mí.

- ¡Deje ésa cosa por favor Lunch!- pronunció Anabel.

Lunch les apuntó alternadamente. Su rostro empezaba a mostrar su frustración, cólera y disgusto, y su amabilidad moderada o tratamiento político al que solía recurrir habían desaparecido abruptamente: se encontraban frente a una persona decidida y, sobretodo, que no pensaba

las cosas claramente en aquel momento:

- Dígame la verdad Alan, ¿cómo es que no le gustan las mujeres?
- ¡Eso es algo que no le importa!
- ¡Ah! “¡Eso es algo que no me importa!” Eso es... amoral... es...
- Un prejuicio. Su actitud es prejuiciosa... Usted lo es.

Anabel trataba de calmarlos, pero entonces Lunch dijo algo que la mantuvo en su posición queda:

- ¡No haga que me calle! ¡Este lugar ha provocado indecencias asquerosas en ustedes, Srita. Anabel, al apoyarle!
- ¡Dígame donde está Richard! Si está sufriendo será su culpa... ¡Dígalo vieja estúpida! ¡No me importa que piense sus juicios absurdos sobre mí! ¡No me importa si me clasifica, si me llama por el nombre que me llame, debido a mi homosexualidad! ¡Dígame donde carajos está Richard!
- ¡Hágalo ya Lunch! ¿Qué espera? ¿Está en peligro?
- Creo que ya no... Sin embargo...

Richard ha sido asesinado –dijo, sin fuerza en sus palabras. Pero las mismas palabras encerraban el significado más horrible.

Alan se abrió paso y ya salía cuando Lunch le dijo esto:

- Deberá olvidarlo hombre. Compórtese como tal y olvídalo para siempre, Alan, que Colina Roja no perdona a nadie. Si lo encontramos en agonía y aunque deseo llevárselo, no servirá de nada. Morirá...

Alan perdió el control y corrió desesperado. Cuando lo hacía, pensó: “¡Idiota de mí! ¡¿Qué carajos espero si sé que él está en el cementerio?! ¡No debí dejarlo ahí! ¡El muy idiota, debía traer eso consigo!” En su desesperación, tropezó varias veces.

Lunch les obligó a ambas que salieran. Le sugirió a Anabel que empacara sus cosas. Dejo la maleta casi en la entrada y, utilizando un dispositivo, hizo estallar el interior. Las llamas del fuego invadieron todo. Y el humo de la explosión llenó la planta alta. No alcanzaron a verlo todo. Lunch, Isabelle y Anabel caminaron hasta la carretera 5. Un camión ya llegaba. El chofer abrió la puerta y Lunch se despidió de Anabel, diciéndole:

- Ahora deberá irse. Lleva cantidad suficiente para empezar de nuevo,

pero lejos de aquí.

- Lo siento... – dijo Isabelle, sincera.
- Suba ya Isabelle... Adieu.
- El camión se alejó, dirección a la Capital.

II

Anabel, ya en el hotel, preguntó el número de su cuarto. Al llegar, tocó levemente a la puerta. Royd abrió y ella entró. Se sentó en una silla cercana. Royd cerró la puerta y miró a Anabel. Ella se quedó así unos segundos.

- ¿Qué tienes quer...
- Richard ha muerto.
- ¿Qué?...

Se sentó en el borde de la cama. Parecía estar reflexionando y luego se frotó varias veces la nuca, frustrado y como si aquello fuera algo que no tenía vuelta de página. Alguien tenía que morir.

- ¿Cómo sucedió?
- Creo, Royd... creo que lo han asesinado. No estoy segura... – dijo nerviosa- De cualquier modo, ya no podemos regresar...
- ¿Por qué lo dices?
- La hostería ha sido destruida. Lunch ha sido. Lunch tenía esos planes desde siempre. No sé Royd, no sé... no entiendo...

- ¿Y Alan?

Anabel suspiró. Dijo:

- Alan Alan Alan... Él se ha ido a su casa.
- ¿Pero qué ha pasado? Dímelo completo.
- Él y Richard... Bueno... Lunch llegó a amenazarme a mí. Llevaba un arma y parecía que el propósito era ahuyentarnos, alejarnos de ahí... Después de lo que he vivido hoy, creo que no puedo seguir Royd...

Sobretudo porque sé que Alan, mi querido muchacho, ha perdido a quien le amaba... como yo. Sé que le espera una difícil tarea de olvido y pena. Como purgarse de una droga... Tendrá que vivir con ello, muerto por dentro todo el tiempo, y lo peor es que quizá tome la decisión de casarse.

- No entiendo- dijo, levantándose-. ¿Por qué dices entonces que la ha perdido?

Anabel dijo frustrada:

- No a Flor querido... Alan ama a otra persona...

Anabel sacó de su bolso las gafas de Richard.

- Son de Richard.

Ahora, deberemos decírselo a Melissa. Dios, pobre de ella...

Royd entró a la habitación contigua. Anabel escuchaba los murmullos, luego unos gritos desgarradores que no se podían contener por su vehemencia: ¡Mi Richard no! ¡Mi hijo no!

III

Royd regresó a la habitación de Anabel, seguido de Melissa, quien se detuvo a la puerta. Decidió entrar y Anabel le abrazó. Quiso decirle algo, pero no pudo. Melissa más bien dijo:

¿Dónde está?

- Lo siento tanto. La verdad es que no supimos que sucedió. Lunch vio el... asesín... Bueno, ¿podría hablar un poco con Royd a solas?

- Oh, claro que sí señorita- dijo amable.

Salió y Royd le indicó algo.

- La verdad es que no sé como lo tome, Royd, pero precisamente decidimos Alan y yo... enterrarlo en... el cementerio de Colina Roja...

Royd se llevó las manos a la cabeza y le iba a decir algo, pero Anabel entendió su expresión: sabía lo que él pensaba sobre el susodicho cementerio. Anabel quiso preguntar si era mejor hacerlo en otra parte.

- Así está bien- respondió sorprendidamente él.
- Entonces se lo diremos, ¿cierto?
- Tenemos. Es su familia. Era lo único que le quedaba en el mundo.
- No Royd, entonces no me has entendido.

Después de un poco, Anabel pronunció, tratando inútilmente de darle tacto a sus palabras: Richard y Alan se amaban... Ya lo oíste, Royd- dijo, mirándolo.

Capítulo 23

El fin.

I

Richard volvió su mirada al objeto que sostenía nerviosamente. Pensó en aquella afirmación absurda... la trató varias veces en su cabeza, pero no podía llevarla a cabo. Simplemente.

De las sombras, de aquellos rincones escondidos, apareció una sombra. Se le acercó y le abrazó fuertemente. No tuvo tiempo de verle y antes de que pensara en aquello, sintió el cuchillo clavarse en su pecho, entrar en su cuerpo. Aquello metal con el que siempre ensayaba para su suicidio estaba ya en su cuerpo. Pensó su muerte y le aterró. No se dio cuenta que chilló de dolor con todas sus fuerzas, ni importaba. Estaba experimentando su muerte, viviéndola.

Víctor se alejó de la escena y pareció desaparecer, difundirse, cual humo al aire.

II

Al llegar, solo vio un cuerpo tirado en el suelo, con una expresión triste y nada calmada. De sus ojos de cristal negro, desapareció toda luz. Su aspecto parecía, solo parecía, más pálido. Se acercó a él y, abrazándole, le lloró. No quiso apartarse nunca de eso que llaman por muerto. Pero no era el recuerdo muerto de su madre ni la experiencia onírica que vivió en el funeral: era la esencia misma de la muerte, la nada, el silencio, ese silencio aterrador, que provoca las peores pesadillas, y aquella aberración monstruosa que era el muerto. Lo demás que viniera, aunque no se entendiera, no era asfixiador, ni venenoso. Lo abrazó y lo mantuvo, inútilmente, en el calor de su cuerpo, y le lloró; canción triste. Ni Anabel, ni su madre, ni Flor le hacían compañía en aquello. Parecía que ya no podría apartarse de él... Parecía que aquello era su destino... Richard.

III

Anabel, luego de un tiempo eterno, entró en aquella escena. Richard y Alan, uno solo en el suelo. Ella no hizo más que sentarse cerca. Le dijo a Alan:

- ¿Deberíamos... hacer algo con él?

- ¿Qué dice?...

- Sí... es decir... enterrarlo. Richard ha muerto.

- Richard ha muerto... ha sido asesinado... Se ha ido...

- Así es- dijo, tomándole del hombro-, debemos llevarlo al cementerio. Recibirá sepultura. Apuesto a que habrán cajas... o si no, entonces podré telefo... – se detuvo a mitad de la frase.

- Richard ha querido que se le entierre así, sin caja y en contacto con la tierra. Me dijo que era lo único puro en nosotros: la tierra a la que pertenecemos. Dijo que volver a ella era casarse eternamente.

- Debe creerle entonces, mi querido. Mi Alan, quisiera que... Lamento que...

Después de un momento, agregó:

- ¿Cómo se siente?

- Como en un entreacto. No siento dolor... ya no sé más bien si lloro o me duele esto... No puedo llorar simplemente porque estoy cansado y mis lágrimas se han secado... Anabel, ¿ha sentido eso alguna vez?

- Sí... Así es... Le entiendo... No puedo ayudarle en nada, lo sé.

- Así es... pero llevémoslo a una tumba...

- Sí.

Melissa es familia... ¿Cree que debemos hacerlo a pesar de todo?

- Créame que no le pediría que me ayudara si dudara de eso, pero él mismo me lo expreso con la intensidad en sus palabras. Vio esto un caso necesario.

Anabel: ¿debería casarme después de esto?

- No... lo sé, querido.

- Tenga- le dio unas gafas-, son de Richard. Lléveselas a su abuela, pero antes, ayúdeme... ¿Ve aquella tumba?

- Ah, sí...

Capítulo 24

El amor.

La noche no era más absoluta que en aquellos momentos. El grillar se detuvo y el silencio raso armonizaba, integrándose al concierto provocado por los fríos en formas de neblina, que rodeaban el cementerio. Los árboles se callaron, participes más bien de aquella abstracción visual, de aquella molicie provocada por una verdadera paz. Aquello era el silencio más abarcador y para no opacarlo, sino más bien apreciarlo en su centro, la caricia del viento sopló suave, como una nota completa y armónica, sonora y distante, proveniente de la flauta perfecta de la naturaleza. Cualquier animal que hubiese estado ahí, se había alejado y dado paso a una figura que entraba indiferente. Se sentó en una de las lápidas, Tan pronto volvió a soplar la misma nota, ya estaban dos figuras sentadas una al lado de otra.

Una de ellas, la menos alta, dijo doliente:

- ¿Qué soy?
- Lo sabes, pero no lo entiendes, claro.
- ¿Estoy... muerto?

La otra figura asentó.

- ¿No debería de...
- ¿Qué? ¿Ir al cielo? ¿Crees en eso?
- Quisiera...

¡Estoy muerto!! ¡¡Mis manos!! ¡¡Solo sentí aquel frío y a la vez caliente!!... Y he despertado aquí... No entiendo nada.

- Pronto acabará.
- Y este olor... huelo horrible, no puedo dejar de vomitar, no puedo dejar de ver mis manos, no quiero salir del cementerio... aquí me siento bien...
- Eso es lo primero, no te preocupes: el olor y el dolor último.
- Mi Alan... mío... yo... yo... Él me en... me... me enterró, me ha olvidado -dijo finalmente, exhalando-, me enterró sin caja ni nada y así estuvo bien... así estuvo perfecto. No me quejo, no... Finalmente es lo que uno es: tierra. ¿Qué importa la caja si lo que se está decorando es

simplemente un cadáver?

- Así es.

- Yo nunca me olvidaré de él... así será siempre...

- Te quitaste la vida porque nunca sería tuyo.

- No... lo hice porque, porque era un peligro para todos... Una vez llegue a pensar en matar a mi propia abuela, o... – sintió ruborizarse, pero sus mejillas siguieron igual en su color pálido- cosas peores.

- Olvídalas. Olvida esas cosas peores. Yo mismo las conozco, Ginny, tu hermanita, también las llegó a saber y ella si se quitó la vida por eso...

Richard comenzó a llorar entrecortadamente.

- Pero escucha... Te sientes sucio y que no mereces el amor de nadie. Sentimiento que a la par con tu mala suerte, provocó la resolución de...

- ... ¿Mi destino?

- Exacto, pero debiste continuar con él, a pesar de todo. Debes de entender, también, que Ginny, al no soportar las pesadillas del lugar, intensificadas en su persona, se quitó la vida; tú, en cambio, has decidido morir por un hombre.

- ... Que tu ajado aspecto abrazará, fuerte y animoso, mi cariñoso beso que yo desprendo... hacia ti, reflejo del amor que quiere mi olvidada, mi mísera vida, dar...

- ¿Eso qué ha sido?

- He terminado...

De todas maneras, ¿de qué sirven palabras tan desesperadas, sin dirección y sentido? Enamorado solitario expresa en esas pocas palabras, su absoluta soledad; y su destino, de mil y un sentidos, en una sola palabra: desgracia. El destino de los pocos seres que aprecian la compañía y mueren en la soledad, es uno solo y sin el cual prefieren morir, cuanto más pronto mejor: el amor.

Richard, tratando de limpiarse las lágrimas, dijo:

- Todo pasó pronto y fútil... ¡¡Imbécil que fui!!

- Demasiado- dijo el otro, dejando que él mismo viera su absurdo al insultarse, cosa común en las personas para causarse autocompasión,

pensaba él.

Richard rió entrecortadamente. Le dijo:

- Quisiera ver a mi hermana.

- No sé si puedes. Rara vez puedo yo. Sufre mucho, pero no puedo ayudarla. Ella debe ayudarse. Tú igual.

- ¿Quién eres?

- Eso siempre ha sido irrelevante, mi querido jovenzuelo. De cualquier manera: soy Víctor.

Richard, en ese momento, sintió las ganas inmensas de sentir cerca los latidos de Alan. Lo deseó tanto, que pasó algo que no vio, solo sintió, al cerrar sus ojos y humedecerse los labios. Se sintió pleno, lo que siempre buscamos, al palparlo y tocarlo: abrazarlo con todas sus fuerzas, y, nunca más, solo; abrazarlo tanto, que era lo único que valía la pena y ni siquiera la muerte o la adoración de un Dios definido. Eso era Dios, eso era el Amor. Lo contrario a la soledad, el veneno y el dolor. No supo que Alan, en ese momento, estando en el cuarto frío de su casa, con las sabanas ligeras, sintió una calidez. Supo en ese momento tan frágil y perdido en la resonancia del tiempo, que Richard le amó en todo momento y con todo su ser. Alan también le deseó como nunca, quien le logró comprender apoyándole con su amor, y ese dolor intenso entre sus sienes volvió en memoria suya. Se sintió morir y decidió un destino fatal. Uno que ya venía cantado desde siempre, pero que terminaba por cumplirse a pesar de todo: casarse con Flor, con su Flor.

No supo como, pero Richard sintió que en alguna manera Víctor le ayudaría a poder ser feliz. Contrario a todo, Richard decidió pensar optimista por una vez: estaba confiado en que todo terminaría bien. En que podría ver a su Alan, y que podría volver a amarle.